

Selección



CURTIS GARLAND

LA ROJA SED DEL VAMPIRO


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

245 — El embrujo de Satán, *Burton Hare*.
246 — Han llegado los espectros, *Ralph Barby*.
247 — La doble vida de John Parr, *Clark Carrados*.
248 — Club para gente encantadora, *Lou Carrigan*.
249 — La noche del Diablo, *Burton Hare*.

CURTIS GARLAND

LA ROJA SED DEL VAMPIRO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 250
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 38.321 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

PROLOGO

Las campanadas lentas del Big-Ben se perdieron en lejanos ecos a lo largo del trazado urbano del río. Sus tañidos parecieron flotar un instante sobre las sucias aguas turbias del Támesis, hasta extinguirse en el silencio de la oscura noche brumosa.

La figura inconfundible del policeman se dibujó un instante a contraluz del halo luminoso de una farola de gas, en Westminster Bridge, no lejos de un pub que cerraba ya sus puertas al público, tras despedir a los últimos clientes, a muy escasa distancia del oscuro edificio del Parlamento,

Luego, el agente uniformado siguió adelante, canturreando entre dientes una vieja balada de su tierra irlandesa. Era una patrulla rutinaria la de aquella noche, como la de tantas otras de recorrer aquella zona de City of Westminster que formaban parte de su recorrido habitual, la demarcación que le asignaban en sus días de servicio. Y al parecer, no le preocupaban demasiado a su fortachona figura y su aire saludable que ese servicio fuese en las noches de niebla, frío v humedad de los inicios del invierno londinense, siempre crudo e ingrato para quien tenía que pasar las horas nocturnas a la intemperie.

Bien es cierto que los policemen como el pelirrojo irlandés O'Bannion, acostumbraban a entrar ya en servicio con el cuerpo bien reconfortado por unos tragos en cualquiera de los pubs situados entre su domicilio y el área a vigilar. De otro modo, la noche hubiera sido demasiado dura.

Esta era una de esas noches. Una cualquiera, que en nada parecía diferenciarla de las demás. Al menos en lo que se refería al policía O'Bannion y su servicio rutinario. Cierto que a veces esa rutina era alterada bruscamente por cualquier incidente propio de tales horas, como era una reyerta, un borracho agresivo, un suicida o un accidente..., cuando no algo peor, como un asesinato.

La niebla era la mejor aliada de los criminales y de los ladrones. La escasa iluminación del Londres victoriano, en especial en ciertas zonas del río, de Soho, de Whitechapel o de Blackfriars, por nombrar las peores áreas de delincuencia de la ciudad, contribuía también a despertar la audacia de los salteadores nocturnos y de los asesinos. Pero, a pesar de cuanto se publicara en las páginas amarillas de periódicos sensacionalistas, como el Illustrated Police News y otros similares, los crímenes y los sucesos sangrientos no eran tan frecuentes como se pudiera imaginar.

Se detuvo O'Bannion a la altura de la propia torre del Parlamento donde se hallaba el tradicional reloj londinense, ya con sus agujas rebasando la medianoche. Miró hacia las luces que se descubrían en Bridge Street, en dirección a Saint James Park.

Un nuevo teatro se inauguraba esa noche. Nadie le daba mucha vida, porque su género era demasiado serio para aquella parte de la ciudad. A la

gente le gustaba el espectáculo frívolo, con chicas opulentas y muchas canciones. Y ahora se les había ocurrido abrir aquel local, con teatro clásico. Shakespeare y todo eso. No, no duraría mucho, evidentemente. A pesar de la belleza y encanto que se decía poseía ¡a actriz encargada de inaugurarlo, Priscilla Kelly, y a pesar de los aficionados al buen teatro que se habían dado cita aquella noche en el nuevo teatro, pequeño y sobrio.

Algunos carruajes empezaban a abandonar ya la zona iluminada. El agente O'Bannion supo que en esos momentos terminaba la representación, y los distinguidos espectadores llegados sin duda alguna de Mayfair o de Marylebone emprendían el regreso a sus casas. Tal vez había sido una noche de éxito, pero eso no cambiaría las cosas. Al final, el selecto teatro tendría que cambiar de género o perecer. Había ocurrido ya con otros en aquella zona. La mayoría eran ahora burlesques y escenarios de vaudeville más o menos frívolo. Muchas veces, incluso demasiado frívolos. Pero había gustos para todo.

Los calesines emprendían el regreso a sus casas en hilera. Sobre el empedrado húmedo, las ruedas formaban una sinfonía ruidosa y monocorde. Las luces de gas de la fachada del teatro iban extinguiéndose lentamente, tras el fin de la representación y el desalojo del local.

Suspiró el policía, continuando su ronda con aire aburrido, mientras los últimos espectadores se alejaban en sus vehículos tirados por presurosos caballos. Empezaba la madrugada, y la gente elegante prefería meterse en sus casas lo antes posible, movidas por el mismo temor que asaltaba a la mayoría de personas por causa de esa prensa amarilla tan alarmista.

Se alejó O'Bannion de las proximidades del nuevo teatro destinado a las obras clásicas de Shakespeare, Moliere, Rostand o Schiller, mientras la cancioncilla popular irlandesa seguía fluyendo de sus labios jovialmente. El frío empezaba a dejarse sentir, sobre todo a lo largo de la orilla del río. Sobre las aguas del Támesis, la niebla iba formando una viscosa y apelmazada masa que difuminaba las líneas de las edificaciones, y convertía las farolas de gas en simples manchas de luz pálida, perdida en el mundo sin formas de las brumas.

Creyó percibir un leve aleteo en la niebla, allá por encima del Támesis. Miró en esa dirección, sorprendido, pero no descubrió nada en la bruma. Si algún ave nocturna había cruzado el cielo londinense, cosa harto insólita en aquellos momentos, no se descubría el menor rastro de ella.

Siguió alejándose, y ya estaba demasiado distante cuando el aleteo se repitió, y una sombra alada flotó unos instantes sobre el puente, agigantándose por momentos allí donde ahora nadie podía descubrirla, porque nadie circulaba por la desierta zona ribereña.

Luego, la sombra negra, de anchas alas batientes, como un espectro de los cielos oscuros de la madrugada, se elevó a mayor altura sobre los edificios, y pareció vacilar, como si tratara de orientarse en la niebla y en la oscuridad hacia un determinado punto de destino.

Luego, pareció hallar ese punto, porque su vuelo se hizo más rápido y seguro, lanzándose como una negra flecha hacia un lugar concreto de la ciudad.

Un lugar donde había luz de gas y movimiento de personas. Un teatro recién inaugurado para el género clásico, cerca del Parlamento y del Big-Ben...

* * *

Se sentía feliz esa noche. Intensamente feliz.

Todo había sido un gran éxito. El nuevo local, la obra, la representación... y ella misma. Sobre todo, ella.

Tenía razones para sentirse feliz. Los aplausos eran la gloria y la embriaguez del triunfador. Ella había triunfado apoteósicamente. Aún resonaban en sus oídos las grandes y clamorosas ovaciones de un público selecto, que había escuchado atentamente el verso en su voz cálida y rica en matices, y que había seguido con la máxima atención su modo de declamar y de moverse por la escena, su gesto, su sobriedad dramática. En efecto, fue un triunfo definitivo, en el siempre difícil papel de lady Macbeth. A su lado, los demás intérpretes de la tragedia shakesperiana, habían pasado casi deslucidos ante el público fervoroso. Aunque, eso sí, hubo aplausos para todos. Pero especialmente, para ella.

Priscilla Kelly terminó radiante, de cambiar sus ropas de escena por las de calle, y de suavizar lo suficiente su maquillaje escénico, para salir al exterior, aunque todavía debían celebrar con una pequeña fiesta íntima, todos los artistas de la compañía, el éxito de su presentación en el Westminster Hall, que era el nombre dado al nuevo local.

La fiesta tendría lugar cerca de allí en el Club Teatral William Shakespeare. Una cena fría, champaña, algún que otro discurso, y todo lo que se acostumbra a producir en tales reuniones.

Se incorporó ella de su asiento ante el ovalado espejo del tocador. Miró pensativa los numerosos ramos de flores que aparecían dispersos por la estancia, enviados por sus admiradores, por la empresa del teatro, por amigos, por todas esas personas que miman y halagan a los triunfadores que, como ella, eran además de buenas actrices, especialmente hermosas.

Priscilla no dudó mucho. De entre todo aquel florido conjunto, una pieza resaltaba, por méritos propios, entre todas las demás. Era el más hermoso ramo de rosas rojas que jamás viera en su vida. Rosas que parecían tener pétalos de terciopelo, como si no fuesen naturales, sino creadas por la mano de un artista genial. Tal vez el más genial de todos los artistas del mundo, la Naturaleza, había sido su creadora auténtica.

Priscilla se decidió por ese ramo maravilloso, embriagador por su aroma y por su bello conjunto. Lo tomó consigo, para acudir a la fiesta de presentación, tras echar sobre sus hombros una espléndida capa azul turquesa,

con forro blanco. Su doncella, tras colgar los trajes de la obra, se quedó mirando a la actriz con admiración.

—Bellísima, señora —dijo—. Está usted bellísima, más aún de lo que siempre ha sido.

—Gracias, Norah —sonrió dulcemente Priscilla Kelly, aspirando el aroma intenso de aquellas rosas rojas—. Eres muy amable conmigo.

—No, señora. Digo, sencillamente la verdad —aseguró la doncella—. Es la noche en que la he visto más hermosa. Tal vez sea la alegría del triunfo, pero sus ojos brillan con una luz que yo nunca había descubierto antes. La felicito de todo corazón. Y deseo que siga su carrera de triunfos sin interrupción.

—Norah, sé que lo deseas de verdad —se aproximó a ella y besó su mejilla —. Eres una gran chica. Ahora, ve a casa y toma algo a mi salud. Mañana, cómprate algo, pata celebrar el éxito de esta noche.

Puso en sus manos un billete de cinco libras, pese a que ella protestó vivamente, y Priscilla jovial, alegre, como una niña que acaba de vivir su mejor fecha, salió del camerino con su capa revoloteando en torno a su esbelta figura, y las rosas rojas brillando entre sus brazos, a la luz de las lámparas de gas.

—Buenas noches, señora, y que se divierta mucho —fue lo último que le dijo Norah, su doncella, ya cuando la actriz descendía presurosa los escalones hacia la salida del escenario, donde la esperaba un carruaje para conducirla a la reunión del Club Teatral.

Ya no quedaba nadie en torno al teatro, ni siquiera en éste, salvo el personal de tramoya, que preparaba el escenario para la representación del día siguiente. Muchas de las luces se habían apagado, e incluso el callejón posterior, al que daba la salida del escenario, aparecía oscuro y desierto. El empedrado brillaba, negro y lustroso por la humedad, y se veían algunas luces en la bruma, allá tras la esquina.

A menos de veinte yardas, aguardaba un carruaje tirado por dos caballos, con su luz parpadeante del fanal brillando tenuemente en la sombra El cochero esperaba en el pescante, pacientemente. Priscilla se encaminó hacia el vehículo con paso menudo y rápido, que taconeó sobre el empedrado resbaladizo.

El cochero echó una ojeada de indiferencia hacia ella, acurrucado como estaba en el pescante, bajo su librea y su sombrero de copa alta. Bostezó, tomando la fusta para poner en marcha los animales de tiro, apenas ella hubiera subido al vehículo.

Entonces fue cuando la sombra gigantesca cavo del cielo.

Fue como si las tinieblas tomaran forma repentina, o como si un trozo de oscuridad se materializase, tomando solidez y precipitándose sobre la figura en movimiento.

Priscilla oyó el aleteo sobre su cabeza. Aunque era escasa la luz en el callejón, la proyección de aquella sombra batiente, extendió sobre ella y sobre

el trozo de suelo que pisaba, una zona de más profunda tiniebla. Asombrada primero, asustada después, la joven actriz levantó sus ojos hacia la forma descendente.

Exhaló un grito de terror.

En la oscuridad, eran visibles dos malignas lucecillas rojizas, como dos pupilas sanguinolentas destacando en medio de la masa de sombra que, cual un diablo volador, descendía del negro cielo nocturno, batiendo sobre ella sus alas negrísimas.

Priscilla trató de huir, de alejarse de aquel horror volador, mientras el cochero miraba con profundo terror hacia lo que sucedía en el callejón, sin saber qué hacer. Los caballos relincharon agudamente, encabritándose y anticipándose a cualquier posible decisión que hubiera tomado su conductor. Un momento más tarde, los animales emprendían el galope, arrastrando la tambaleante caja del vehículo, y con ella al muy asustado cochero, incapaz de controlar a los caballos.

Priscilla cayó de rodillas en el empedrado al tratar de correr más de prisa para alcanzar la única esperanza de evasión que se le presentaba, y sus ojos dilatados se clavaron con profundo horror en la forma que se materializaba por momentos, cada vez más próxima a ella, y que le pareció despedía un raro hedor a humedad, a frío, a muerte...

Un nuevo alarido de pánico infinito escapó de sus crispados labios, cuando intentando incorporarse, dejó caer en torno suyo las bellas rosas rojas, y antes de que pudiera ponerse en pie, la forma sombría caída del cielo se precipitó sobre ella como una flecha, y pareció envolverla en sus siniestras alas negras.

Esta vez, el cuerpo de Priscilla Kelly cayó de espaldas por el empedrado en la solitaria calleja, sin posible ayuda de nadie, y un rostro maligno, monstruoso, se halló a escasa distancia de ella, mientras un aliento fétido y frío acariciaba su cuello con un escalofriante roce húmedo.

El grito de angustia y pavor, se convirtió en ronco estertor de muerte, mientras el aleteo siniestro continuaba sobre el cuerpo de la hermosa actriz, y éste se debatía como en espasmos violentos, forcejeando en vano por huir a su trágico destino en la noche neblinosa de Londres.

El último acto de la vida de Priscilla Kelly tocaba a su fin. Cayó el telón muy pronto. Y esta vez no hubo aplausos. Solamente un reguero de roja sangre corrió entre los adoquines charolados por la humedad del río, mezclándose con el rojo hermoso de las rosas dispersas.

El único golpeteo audible en el escenario de la tragedia, fue el aleteo sordo, espectral de aquella forma diabólica, que volvió a remontarse en vuelo elevándose por encima de los edificios de ladrillos del callejón, por encima de buhardillas, tejados y chimeneas de la ciudad, alejándose hacia la torre del Parlamento, hacia las aguas oscuras del Támesis, a lo largo de cuyo curso, terminó por fundirse con la espesa bruma y con las tinieblas de la noche, rumbo a alguna parte...

El cuerpo de Priscilla Kelly permanecía allí, inmóvil, tendido en el

callejón, con la piel extrañamente blanca, con una lividez que ni siquiera la muerte acostumbraba a prestar a sus víctimas.

Era aquélla la palidez marmórea de quien ha perdido hasta la última gota de su sangre...

CAPITULO PRIMERO

—Hasta la última gota de sangre, sí.

El doctor Talbot meneó la cabeza, mirando largamente a su interlocutor tras hacer la extraña afirmación.

—No es posible... —jadeó el inspector McDermott, de Scotland Yard—. ¿Desangrada?

—Totalmente, señor —confirmó el médico forense, tras echar encima del cadáver depositado en la mesa de mármol de la Morgue, una sábana blanca que silueteó el perfil de aquel cuerpo que fuera hermoso y lleno de vida.

—Pero... en la calle donde fue hallada, había solamente un reguero, el que produciría normalmente cualquier herida profunda. No pareció haberse desangrado, ni mucho menos.

—Por todos los diablos doctor, entonces, ¿dónde está su sangre?

—Ah... —el doctor Talbot se encogió de hombros—. Ese es problema suyo, inspector. El mío terminará cuando haya hecho la autopsia a esa desdichada joven. De todos modos, puedo anticiparle algo.

—¿Qué, doctor? —frunció el ceño el fornido y moreno policía, paseando impaciente por la sala del depósito.

—El cuerpo no ofrece heridas visibles. Ninguna mortal de necesidad, ciertamente. Sólo he apreciado unas señales en su cuello. Dos profundos pinchazos, que aparecen inflamados, y que sin duda fueron la vía por donde escapó su sangre, ya que están exactamente sobre su carótida primitiva izquierda, y la hemorragia debió de ser abundantísima y rápida,

—Sí, doctor, pero volvemos a la misma interrogante: ¿y la sangre vertida? ¿Adónde fue a parar?

—Eso, como le dije antes, inspector... es asunto suyo —el médico forense se encaminó a la salida de la Morgue—. Lamento no poderle ayudar demasiado en ello, pero no forma parte de mi trabajo. Buenos días, y que tenga suerte en sus investigaciones.

—Gracias —gruñó de mala gana al policía, mientras la puerta vidriera se cerraba tías del médico, y él se quedaba a solas con los cuerpos alineados en el depósito, uno de los cuales era el de Priscilla Kelly, la joven e infortunada actriz que fuera hallada muerta aquella misma madrugada en la parte posterior del Westminster Hall, víctima de algo tan extraño e incomprensible como era la pérdida total de su sangre. Sangre que, por cierto, no aparecía por parte alguna.

Se rascó sus hirsutos cabellos oscuros, y sus ojos contemplaron pensativamente la luz matinal, azulada y fría, que se filtraba por los polvorientos vidrios de una claraboya del fúnebre lugar.

Era ya de día, y no se sentía con ánimos de ir a dormir. Aquel misterio le traía de cabeza. No tenía sentido que una joven actriz, tras su noche triunfal, hallara una muerte tan inexplicable, apenas abandonara el teatro de su éxito.

Sin testigos, sin nadie que supiera a ciencia cierta lo sucedido.. Había sido precisamente Norah, su doncella, quien, al salir del teatro, hallara el cadáver de su señora. Ahora, la pobre mujer reposaba bajo el efecto de fuertes sedantes, en el hospital, víctima de un fuerte shock.

El policía sacudió la cabeza sin desaliento. Allí no iba a resolver nada. La difunta no podía ayudarle lo más mínimo.

Se encaminó con sus pasos pesados y largos hacia la salida, y parpadeó cuando le hirió la luz diurna, en la mañana nubosa y triste. Subió al carruaje que le esperaba, y regreso cabizbajo a Scotland Yard.

* * *

Larry Denham vio pasar tras las vidrieras de su pequeño despacho la figura fornida del inspector McDermott. Observó que parecía muy preocupado.

Tenía algo que preguntarle sobre un dossier, pero optó por hacerlo en otro momento. Estaba seguro de que en estos instantes, el inspector no estaba en condiciones de atenderle debidamente. Larry tenía una intuición especial para esas cosas, y acostumbraba a dejarse guiar por ella para no cometer errores.

Ahora era el momento en que menos errores quería cometer. Había alcanzado su sueño dorado, y no deseaba pasar ante sus superiores por un estúpido o un novato. Y deseaba demostrar, además, que si estaba allí era por merecimientos propios y no por simple suerte o casualidad.

No era fácil para un hombre de su edad alcanzar aquel lugar. Y menos, residiendo lejos de Londres. La mayor parte de sus colegas se pasaban los años muertos como funcionarios de policía en sus comisarías provincianas, soñando acaso con alcanzar Londres, pero sin que jamás se hiciera realidad ese sueño.

El, en cambio, lo había logrado. Quizá demasiado pronto. Peligrosamente pronto, a juicio de algunos. Un muchacho con veinticinco años, no obtiene fácilmente un puesto en el propio Scotland Yard, saliendo de la oscuridad de una pequeña comisaría perdida en el norte del país en una ciudad de apenas veinte mil habitantes. Y eso es lo que él había conseguido, contra viento v marea.

No se sentía en absoluto engreído por ello, pero sí orgulloso de sí mismo, puesto que consideraba que sólo a sus propios merecimientos había escalado lo que para la gran mayoría de policías del país era una simple utopía difícil de hacer realidad.

El joven Lawrence Denham había tenido siempre vocación de policía. De ese modo se presentó a unas oposiciones en su ciudad natal, de no tener la suerte y el acierto de resolver tres o cuatro asuntos difíciles de aclarar, y que habían tenido a sus colegas realmente confundidos durante varias semanas.

Ya antes de ser policía, Lawrence Denham había dejado boquiabierto al jefe de la policía local, ayudándole a aclarar un misterio que él mismo no entendía. Su sagacidad, su imaginación y un cierto cariño a los

procedimientos deductivos y a la pura lógica, le llevaron a dar al policía una solución imprevisible que, tras el escepticismo inicial, tomó forma concreta y confirmó sus teorías.

Eso hizo que el jefe de policía le aconsejase ingresar en el Cuerpo, cosa a la que su familia, en principio, se opuso. Una familia acomodada, no podía ver con buenos ojos que un muchacho de diecinueve años que podía tener un buen porvenir en el comercio o la industria, pudiera hacerse nada menos que... ¡policía!

Pero su vocación y el apoyo del jefe de policía pudieron más que todas las ideas familiares, y Lawrence Denham, a sus veinte años, se vio convertido en un funcionario de policía local.

Ese fue el principio de todo. Cinco años después, llegaba aquí, a Scotland Yard nada menos. Y con un brillante historial como policía en su ciudad natal, Bradford, cerca de Leeds. Varios problemas realmente serios y complicados, habían hallado solución gracias al cerebro claro y brillante del joven policía. Y también, en cierto modo, gracias a una gran dosis de imaginación.

En Scotland Yard no les pasó desapercibida su labor, y como él formulaba en dos ocasiones su solicitud de traslado a Londres, sin ser escuchado y con sólo la respuesta formalista que a nada comprometía v apuntaba unas muy vagas promesas, diose el caso de que se presentara entonces en las proximidades de Leeds el llamado «Caso del Carnicero Loco»-, una sangrienta cadena de horribles asesinatos con hacha que aterrorizaron a toda la región y llenaron las primeras planas de los diarios londinenses durante varias semanas.

La policía mostrábase impotente para aclarar el misterio, aun con la llegada de refuerzos de Scotland Yard, cuando Lawrence tuvo una de sus brillantes ideas y, en vez de sospechar de matarifes y carniceros de la localidad se le ocurrió que las apariencias podían ser simplemente un modo de desviar las sospechas sobre la identidad del criminal.

Con esa idea inicial como base, una gran dosis de intuición y un mucho de observación de los personajes más o menos mezclados en el asunto, llegó a una concusión sorprendente y trató de probarla. No le costó mucho trabajo, y tres días más tarde, antes de cometer otro de sus horrendos crímenes con un hacha afilada y demoledora, el loco fue hallado y capturado. Se trataba, contra lo que todos habían supuesto, de un apacible contable del Banco de una pequeña población, hombre de tímidos modales, aire aburrido y educación impecable, a quien todos profesaban un gran afecto, y que parecía incapaz, en circunstancias normales, incluso de tener fuerzas para mover la terrible hacha del asesino.

Naturalmente, apareció en la prensa, incluida la londinense, el nombre de Lawrence Denham, joven policía de Bradford, y Scotland Yard revisó sus solicitudes prontamente, pensando que aquel diamante en bruto valía la pena de ser tallado y utilizado con el máximo aprovechamiento posible.

De ese modo llegó inesperadamente una carta a Bradford, con el membrete de Scotland Yard, invitando al joven Denham a visitar Londres. Una vez allí, para sorpresa suya, se le propuso un puesto burocrático en la organización policial más importante del país, bajo el mando directo del inspector Ian McDermott cuya tarea consistía habitualmente en investigar crímenes y sucesos sangrientos.

Lawrence no lo pensó ni un solo instante. El sueldo no era muy elevado, ni las posibilidades iniciales demasiado grandes. Pero ya era algo, y él confiaba en sí mismo para crearse posibilidades.

Aceptó sin vacilar. Y allí estaba ahora. Contento de su decisión, aunque un poco decepcionado. Londres no parecía ser todo lo apasionante que él pensara. En dos meses, se había limitado a archivar datos e informes, recopilar legajos y atender alguna que otra petición de su jefe, meramente rutinaria.

Nada, en suma, que satisficiese sus ansias de investigación, de éxitos profesionales.

Pero era difícil que la moral del joven Denham se quebrantase. Sabía esperar sus ocasiones. Y estaba seguro de que, más pronto o más tarde, una de esas ocasiones se le presentaría, y ése quizá sería el principio de un trabajo menos oscuro y más acorde con su modo de ser y de sentir.

Tras pasar McDermott ante su oficina, Lawrence Denham siguió su tarea de archivar datos. Tomó un nuevo legajo, donde puso el informe redactado aquella misma mañana sobre el hallazgo por una tal Sarah Crisp, doncella de profesión, de un cadáver femenino en la parte posterior del flamante teatro Westminster Hall.

La dama muerta era Priscilla Kelly, una joven actriz dramática de gran porvenir. Se ignoraban, de momento, las causas de su muerte.

McDermott debía conocerlas ahora, puesto que había estado ausente casi tres horas de Scotland Yard, pero Denham había observado que no estaba de humor para preguntas, y era mejor esperar a que él mismo le facilitase los datos para archivar.

Sin embargo, fue la edición especial de los periódicos la que, poco después, daba a Denham la información esperada. Un compañero suyo le pasó un ejemplar del diario más sensacionalista de Londres, en cuya primera plana se veían unos escandalosos titulares que inmediatamente atrajeron la atención de Larry, pareciendo hipnotizarle:

MISTERIOSA MUERTE CERCA DEL PARLAMENTO.
JOVEN Y HERMOSA ACTRIZ, APARECE DESANGRADA. SE CREE FUE ASESINADA.

—Asesinada... Desangrada... —frunció el ceño el joven Denham tomando el periódico casi con avidez—. ¿Qué significa esto? ¿La degollaron acaso?

—No —negó su compañero, encogiéndose de hombros, antes de salir para

entregar otros ejemplares del diario a los demás policías del departamento—. Sólo tenía dos pequeños orificios en la garganta, según el forense Y había muy poca sangre en el suelo. Parece como si toda la que contenían sus venas hubiera salido su cuerpo... evaporándose luego.

Se alejó sin añadir más, y Larry se quedó profundamente pensativo, leyendo la escasa información filtrada a la prensa en aquellos momentos. Un dibujante del periódico, había trazado imaginativamente una escena del callejón y de la mujer muerta, representando más o menos parecida la escena en cuestión. Era una forma de expresión gráfica informativa que se utilizaba mucho en estos tiempos.

—No lo entiendo —murmuró Denham para sí—. Si se desangró..., ¿dónde está la sangre?

El propio dibujante, que quizá había trazado su esquema basándose en explicaciones de testigos presenciales, exponía allí simplemente un leve reguero de sangre entre el empedrado. La puerta de salida del escenario aparecía visible al fondo, con un globo de luz sobre el que se leía: Stage Door. Westminster Hall (*«Salida del escenario» es la traducción de las dos primeras palabras*).

Denham observó que también había dibujado unas flores dispersas en torno al cadáver. Rosas, al parecer. No tenían sentido aparente, pero estaban allí.

Larry Denham tomó una nota mental de todos los detalles visibles en el dibujo, y luego recortó cuidadosamente el grabado, depositándolo dentro del dossier recién iniciado, y sobre cuya tapa aún no había nombre alguno para clasificarlo.

Sus expedientes eran un poco originales, y se salían de los rutinarios que acostumbraban los funcionarios de policía a archivar. El no se ocupaba solamente de recoger documentos oficiales, declaraciones firmadas v todo eso. Cualquier nimio detalle ajeno, como aquel simple dibujo en un periódico, podía serle útil, cuando revisaba un caso. Nunca se sabía dónde podía hallarse un detalle revelador que a todos hubiera pasado desapercibido.

El policeman O’Bannion, un fornido pelirrojo que había hecho el turno de noche en la zona del Parlamento y Westminster Bridge, pasó resoplando ante la vidriera, con su casco negro en la mano. Rápido, Denham se incorporó, tomando consigo el recorte del diario.

Salió de la oficina, deteniendo a! irlandés, que se encaminaba al vestuario para despojarse de su uniforme terminado ya el servicio. Contempló éste a Denham con ojos somnolientos, enrojecidos.

—Hola, muchacho —saludó jovialmente—. ¿Qué te pasa?

—Perdona que te moleste, O'Bannion. ¿Has terminado tu servicio en Westminster?

—Afortunadamente —resopló el irlandés disgustado—. Tenía que haberlo terminado hace dos horas largas, pero todo se demoró con ese maldito suceso...

—¿El crimen del teatro?

—Sí, el crimen del teatro —le miró, ceñudo—. Cuando dieron la alarma, estaba a punto de dar mi última ronda a la zona. Tuve que acudir allí. Cielos, vaya escena... La pobre chica parecía de mármol, tan blanca estaba. Y había sido muy hermosa.

—¿Entonces, murió realmente desangrada?

—Eso dijo el forense, sí. No había otra explicación para su blancura.

—Pero dicen que no había apenas sangre en el suelo.

—Es cierto. Apenas un leve reguero —enarcó sus rojas cejas, perplejo—. Raro, ¿eh?

—Sí, muy raro —le mostró el dibujo publicado en la prensa—. ¿Este dibujo es fiel a la escena que tú viste, O'Bannion?

—Pues... sí, creo que sí —lo examinó con desgana, bostezando—. Vi a ese tipo, al dibujante, haciendo el boceto. Tuvo que pelearse con el inspector McDermott, pero logró su dibujo. Es muy fiel, diablos. Parece una fotografía.

—¿Estaban esas rosas también en el suelo? —insistió Denham, señalándolas.

—Claro. Debía llevar un ramo la pobre chica cuan do..., cuando la mataron. ¿Por qué te interesa tanto ese dibujo, muchacho?

—Es el asunto lo que me interesa. Es poco corriente morir desangrado... sin que se vea la sangre. A menos que el cadáver fuese trasladado desde otro lugar...

—La doncella de esa pobre actriz, la que halló el cadáver, asegura que eso no es posible. Que su señora salió del teatro con ese ramo de flores, y debió morir allí mismo. Mencionó que la estaba esperando el coche para trasladarla al club donde se celebraba una fiesta para conmemorar el éxito de la velada teatral...

—¿Un coche? —Preguntó rápido Denham—. ¿Qué coche?

—No lo sé. Allí no había ninguno. Ni nadie se ha presentado a decir que esperaba a la señorita Kelly. No se ha visto el menor rastro de coche alguno.

—Tal vez se demoró o no llegó —apuntó Larry, pensativo—. O quizá estaba allí cuando... cuando murió la víctima. Y por alguna razón, no quiere dar señales de vida el cochero. Entre otras, porque pudo ser él quien la asesinó. Porque es un asesinato, ¿verdad, O'Bannion?

—¿Y yo qué sé? —Refunfuñó el policeman—. Nunca he visto asesinar a nadie sin grandes heridas o sin un golpe preciso, un veneno o algo parecido. Esa chica no tiene señales de violencia.

—Dicen que tiene unos orificios en el cuello... —señaló Larry.

—Oh, ¿eso? —O'Bannion se encogió de hombros—. Eran como dos alfilerazos. Puede que se desangrase por ahí, pero sería un extraño modo de matar a alguien, ¿no crees, muchacho? Y ahora, déjame en paz. Estoy deseando meterme en la cama de una maldita vez...

—Sí, comprendo. Perdóneme, O'Bannion. No debí molestarle con todo esto.

—No se preocupe, muchacho —sonrió bonachonamente el policía, pese a

su cansancio—. Usted es un hombre metódico, a quien le gusta recopilar todos los datos, hasta los más insignificantes, ¿cierto?

—Cierto, sí —asintió Larry, pensativo—. A veces, en esos nimios detalles está la clave de lo que no comprendemos.

—Tal vez fuera así en su ciudad natal, Denham, pero me temo que las cosas aquí, en Londres, no sean tan sencillas ni mucho menos. De todos modos, amigo mío, mucha suerte en su trabajo. Yo me voy a descansar durante un buen montón de horas...

El irlandés se alejó decididamente, con andares cansinos. Denham sonrió, moviendo la cabeza, y regresó a su oficina apresurándose a tomar unas notas en una hoja de papel.

Fueron solamente unas breves líneas trazadas en forma pausada:

> «Coche de punto desaparecido. Cochero, posible testigo. Orificios en el cuello, sobre la carótida izquierda. Sin señales de violencia. Desangrada totalmente. Doncella halló cadáver. No parece posible traslado del cuerpo desde otro punto.
>
> »Había flores dispersas cerca del cadáver. Rosas rojas.»

Pensó que era casi todo lo que tenía. Y, ciertamente, no era mucho.

—Es un maldito embrollo —se dijo entre dientes, sacudiendo la cabeza con perplejidad—, No tiene mucho sentido...

Luego, se incorporó, saliendo de nuevo del despacho y decidiéndose a llamar en la puerta del que ocupaba su superior, el inspector McDermott. Este le dio el permiso para entrar, en forma de un hosco gruñido. Denham entró sin vacilar.

—Ah, ¿es usted, Denham? —el policía despejó algo su fruncido ceño .y le miró con cierta simpatía—. ¿Ocurre algo?

—No, nada especial, señor —Larry sonrió, añadiendo con firmeza—: Quería saber si se ocupa usted, personalmente, del caso del Westminster Hall.

—¿El caso de...? Oh, sí. Esa actriz muerta... Sí, me ocupo de ello, maldita sea. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada, señor —suspiró el joven—. Quería..., quería pedirle permiso para investigar en él por mi cuenta. Podría ayudarle de alguna forma en las pesquisas, inspector.

—¿Usted? —el inspector McDermott le miró, sorprendido y casi, casi, con cierta compasión—. Amigo mío, no sabe usted lo que dice. Es un endiablado misterio sin pies ni cabeza.

—Lo sé, señor. He leído los diarios, he hablado con el patrullero O'Bannion, que cumplía su servicio nocturno en esa zona...

—Escuche, Denham —se inclinó el inspector sobre la mesa—. El asunto es mío, quede eso bien claro. No puedo quitármelo de encima sólo por gustó, porque mis superiores no iban a consentírmelo. Pero por otro lado, usted es aún inexperto en muchas cosas para ocuparse de algo así. No es lo mismo

tener unos pocos éxitos en una ciudad como Bradford, a investigar en una colmena gigantesca como Londres.

—Pienso igual, señor —admitió Larry con fingida modestia.

—Bien. De todos modos, no seré yo quien coarte sus aficiones. Extraoficialmente, si lo desea, puede investigar, terminadas sus horas de oficina, pero nada más.

Y eso sí, sin extralimitarse ni tomarse atribuciones que en modo alguno le concedo yo, ¿está claro?

—Sí, inspector. Muchas gracias por todo. Lo tendré en cuenta.

—Recuerde muy bien esto: le agradezco su posible ayuda, pero no vaya más allá de lo que le corresponde. Eso podría crearme problemas, y a usted también. Buenos días, Denham.

—Buenos días, inspector —saludó respetuoso el joven, saliendo y cerrando suavemente la puerta tras de sí.

Luego, no pudo evitar una sonrisa cuando se dijo a sí mismo, de regreso a su cubículo de trabajo:

—Algo es algo... Cuando salga hoy de la oficina, creo que haré un par de visitas en la ciudad. La primera de ellas será a esa doncella..., la que encontró el cuerpo de su señora.

CAPITULO II

Sarah Crisp miró tristemente a la figura alta, esbelta y arrogante que aparecía en la puerta de su gabinete, respetuosamente destocada la cabeza de cabellos rubios y rebeldes, fijos en ella los claros ojos azul-grises en el rostro varonil, anguloso e inteligente, de indudable atractivo para las mujeres.

—¿Ha dicho usted que se llama...?

—Lawrence Denham, de Scotland Yard, señorita Crisp.

La camarera de Priscilla Kelly pareció momentáneamente disgustada. Se llevó a la boca su mano apretada, en la que estrujaba un pañuelo de encajes. Las dos mujeres que aparecían sentadas ante ella, en un sofá tapizado de terciopelo verde botella, también habían girado sus ojos hacia el joven recién llegado, y parecían tan bien impresionadas como cualquier otra mujer podía estarlo ante la arrogancia varonil del joven Denham.

—Oh, por Dios, ¿otra vez? —gimió apenada—. Ya hablé antes con uno de ustedes, con el inspector..., el inspector McDermott, eso es. Creí que sería suficiente... Todo esto resulta tan triste, tan doloroso...

—Lo comprendo muy bien, señorita Crisp —asintió Larry, moviendo su cabeza respetuosamente—. Y créame que lamento molestarla de nuevo con tan penoso asunto, pero creo que, si realmente apreciaba usted a su señora como me han dicho, preferirá a cualquier precio que se descubra la verdad, y la persona que le causó esa horrible muerte pague su delito.

—Sí, sí, ¡por supuesto que sí! —Asintió con énfasis la doncella, abriendo mucho sus azules ojos—. Es lo único que realmente deseo, señor Denham... ¿O debo llamarle inspector?

—No, no hará falta —sonrió suavemente Larry, meriendo negativo su cabeza—. Basta con que me llame Denham, a secas. Todavía no he alcanzado el grado de inspector.

—Pase, se lo ruego, y tome asiento —musitó Sarah Crisp algo más cortés con él—. Le atenderé gustosamente en lo que desee, si ha de servir para que se haga justicia en la persona que asesinó a mi señora. Ella era tan buena, tan afectuosa, tan bella... No comprendo cómo pudo haber alguien que la quisiera tan mal, que fuese capaz de..., de...

—Serénate, Sarah —le pidió una de sus visitantes, a más alta y morena de las dos, que parecía ser también la mayor—. Todas pensamos lo mismo de Priscilla, pero no ganamos nada atormentándonos, ahora...

—Tiene razón, señorita Wingate... —musitó Sarah Crisp amargamente. Se volvió a Denham y presentó—; Estas señoritas son amigas de la difunta señorita Kelly... Son actrices también. La señorita Stella Wingate... y la señorita Sue Lennox.

—Es un placer conocerle, señor Denham —declaró la mujer alta y morena, de cabellos oscuros, ojos color café y boca carnosa y sensual.

—Igual digo —murmuró la más joven, de cabello suavemente pelirrojo,

ojos pardos, nariz breve y boca de suave trazo. Tenía un destello vivaz en sus pupilas, y un atractivo indudable en toda su persona.

—A sus pies, señoritas —Larry se inclinó ante ellas, con exquisita cortesía, dirigiéndoles su más cautivadora sonrisa. Se fijó especialmente en la joven señorita Lennox y su bien formada figura, que el vestido color limón dibujaba con firmes curvas—. Lamento interrumpir su reunión. Si prefieren que pase en otra ocasión...

—Oh, no, en absoluto. Ya nos marchábamos nosotras —manifestó Stella Wingate—. En realidad, sólo hemos venido a acompañar un poco a Sarah. Es una gran chica, y le ha afectado mucho la muerte de su señora. Pero estoy dispuesta a que venga a trabajar conmigo en cuanto se haya recuperado del golpe.

—Será mejor que nos vayamos ya, Stella —apuntó la joven pelirroja, sin quitar sus ojos de Larry—. El señor Denham, como funcionario de policía que es, preferirá hablar a solas con Sarah y tal vez estorbemos su trabajo.

—Por el contrario, señorita Lennox, si ustedes no tuvieran prisa y si la señorita Crisp no se opone, me gustaría charlan a la vez con las tres —apuntó Larry, sentándose frente a ambas visitantes—. Es posible que todas ustedes, que conocieron mejor que muchas otras personas a la infortunada Priscilla Kelly, puedan ayudarme en mi tarea.

—Está bien —la morena y cautivadora Stella Wingate humedeció sus carnosos labios con la punta de la lengua—. Pregunte, señor Denham. Cuanto sepamos sobre Priscilla puede contar que lo conocerá usted, pero mucho dudo de que le sirva de ayuda.

—¿Conocían a algún enemigo de su amiga? ¿Mujer celosa, envidiosa... o tal vez un hombre despechado, celoso o agresivo? Las mujeres hermosas y con fama, acostumbran atraer sobre sí las pasiones de los demás, no siempre demasiado controladas.

—No, no —negó Sarah vivamente—. Mi señora jamás tuvo un enemigo. Todos la apreciaban.

—Sarah no exagera —suspiró la joven Sue, moviendo su cabecita de rojos cabellos—. Priscilla no podía tener enemigos. Era afable, cariñosa y sin problemas sentimentales. Rotundamente no. No creo en la existencia de alguien que pudiese odiarla.

—Sí, es cierto. Sue ha expuesto la realidad, señor Denham —corroboró Stella—. Aunque últimamente nos veíamos menos, porque tras aprender Arte Dramático en la Escuela correspondiente, Priscilla eligió el teatro clásico, y yo el musical y frívolo, le aseguro que no podía tener enemigos de ninguna clase.

—Pero ahora está muerta —dijo Larry—, Y parece ser un asesinato.

—Hay muchos salteadores nocturnos, locos y maníacos sexuales, ¿no ha pensado en ello? —apuntó Sue, clavando sus ojos en el joven policía.

—Lo he pensado, sí, señorita Lennox —ahora fue

Larry quien fijó sus pupilas en ella, hasta que hizo pestañear a la joven—.

Pero no es éste el caso. No hubo ensañamiento, no hay signos de violencia. Y, desde luego, no existió violación ni nada parecido.

—Es incomprensible —gimió Sarah Crisp con un leve sollozo—. Estaba tan alegre cuando dejó el camerino, después del triunfo de anoche...

—¿Adónde se dirigía?

—Al Club Teatral William Shakespeare, donde se reunían todos los artistas de la compañía para una fiesta.

—¿Encargó algún carruaje para ir allá?

—Sí. Y eso es lo extraño. Estaba esperándola en el callejón cuando salió.

—¿Cómo lo sabe usted? Pudo retrasarse en acudir...

—No, no. El conserje de la puerta del escenario vino poco antes a avisamos de que el coche esperaba fuera. Eso fue cosa de diez minutos antes de salir la señorita Kelly del camerino.

—¿Quién encargó el carruaje?

—Yo misma. Hay un empleado en los teatros que se cuida de esos avisos.

—¿Algún cochero en particular, tal vez un conocido de los artistas...?

—No, cualquiera. Pero casi siempre de la misma empresa de coches de punto, por tener las cocheras cerca de la zona.

—¿Qué empresa?

—En este caso concreto, por ser la más próxima al Westminster Hall, la Compañía de Coches de Alquiler Saint James, situada en House Fern Road.

—Ya —mentalmente, anotó ese nombre Denham, antes de proseguir, dirigiéndose a Sarah—: ¿La esperaba alguien afuera, algún amigo, compañero o admirador?

—No, nadie. La señorita Kelly siempre iba sola...

—Lo digo por las rosas rojas que cayeron de sus manos al morir.

—Oh, las rosas... —los ojos de Sarah Crisp brillaron—, Eran hermosas, sí. A mi señora le entusiasmaron. Se llevó precisamente ese ramo consigo...

—¿De modo que el ramo estaba en el camerino?

—Sí, llegó con otros muchos ramos de flores. No se lo entregó nadie en propia mano en el callejón, si es eso lo que pensó, señor Denham.

—Cierto, es lo que pensé —suspiró Larry, contrariado—. Una idea que se evapora... Bien, creo que es todo lo que quería saber... Y, como usted dijo, no me ayuda en mucho.

—¿Se sabe, cuando menos, cómo murió, qué clase de agresión sufrió?

Era Stella Wingate quien preguntaba. Denham la miró pensativo. La actriz de musicales que fuera compañera de Priscilla Kelly, era muy llamativa. Tenía, sobre todo, un busto provocativo, que dibujaba con nitidez su vestido verde brillante, amoldado a las formas de los enhiestos pechos. En escena debía de ser todo un espectáculo, pensó Denham maliciosamente.

—No sabemos nada aún. Quizá la autopsia nos aclare algo las cosas — manifestó, preguntando seguidamente—: ¿Dijo usted que se dedica al género musical?

—Sí —sonrió Stella humedeciendo de nuevo sus labios con la punta de su

lengua, quizá en un gesto mecánico pero sumamente provocativo—. En el Variety, del Soho. No es ningún local respetable, ni lo que represento tiene nada de digno, pero la gente acude, y mi sueldo es elevado. Me cansé de pasar calamidades con el clásico.

—Entiendo —los ojos de Larry se desviaron hacia Sue, y ella sonrió, dándose por aludida.

—Yo soy sólo dama joven de vaudeville —dijo irónica—. Tampoco tiene mucho que ver con Shakespeare. Si un día se deja caer por el Pavillion, puede verme allí. Pero la obra no le gustará, seguro.

—Pero me gustará su dama joven, y será suficiente —apuntó Larry, logrando que las mejillas de la joven se encendieran bruscamente—. ¿Fueron muy amigas de Priscilla Kelly?

—Mucho —asintió Stella—. Especialmente, yo y Abigail Prescott. Esta sí sigue haciendo teatro clásico. Incluso actúa a veces en el Old Vic. Es muy buena actriz. Ah, y también lo fue Lorna Saint John. Pero desde que se casó con el muy rico Vincent Twilling, apenas si se ve con nosotras. Por supuesto, desde que es Lorna Twilling, no ha vuelto a pisar un escenario ni a aparecer en los chismes teatrales de los periódicos.

—Veo que eran muchas amigas —apuntó Larry, trivial.

—Todas las compañeras de estudios en la Escuela de Arte Dramático de Marylebone —asintió sonriendo Sue—. Pero cuando ellas terminaban ya los cursos, yo los empezaba. Y tampoco quise llegar muy lejos. Me informé con ganar un buen sueldo, sin necesidad de llegar a ser una eminencia.

—De modo que si ustedes no conocían a nadie que odiase a su amiga lo suficiente como para querer matarla..., es que ese enemigo hipotético no existe.

—Eso me temo —afirmó Stella, con gesto grave—. Sé que no tiene sentido pero no había nadie en el inundo que pudiera desear la muerte de Priscilla, estoy segura.

—Y, sin embargo... Priscilla está muerta —sentenció lentamente Larry, poniéndose en pie.

—¿Ya se marcha? —Sarah Crisp le miró sorprendida—, Le aseguro que no nos molesta...

—Gracias, señorita Crisp. Y a ustedes también, señoritas. Pero me temo que no pueda obtener más datos dé ustedes, y ya las he molestado bastante. Si sabemos algo más sobre la muerte de su amiga, se lo notificaremos, no lo duden.

—Sí, por favor —rogó Stella. Y cuando ya Larry estaba en la puerta, le interpeló—: Al menos, sí sabrán cuál fue el arma con que asesinaron a Priscilla...

—Ahí está lo raro, señorita Wingate —suspiró Larry—. Ni siquiera sabemos qué arma la mató..., ni adónde fue a parar la sangre extraída de sus venas. Buenas tardes... y gracias.

Cuando Larry Denham se ausentó reinó en la estancia un profundo

silencio. Las tres mujeres se contemplaron con un mudo gesto de horror.

* * *

La Compañía de Carruajes de Punto Saint James, situada a espaldas de Saint James Park, en Horse Ferry Road, era simplemente un enorme cobertizo destinado a cocheras y caballerizas, con una angosta puerta lateral que conducía a una estrecha escalera de madera chirriante. Y ésta, llevaba directamente a un altillo destinado a tétricas oficinas.

El encargado de la empresa, un hombrecillo pequeño, calvo, de ralas patillas y piel color aceitunado, contempló con cara de pocos amigos al alto y joven visitante de impecable indumentaria gris, compuesta de traje cruzado, macferlán y sombrero de copa alta.

Juzgó que parecía más un caballero que lo que él entendía por un policía. Pero aun así, su respuesta fue desabrida:

—Sí, yo soy el encargado. ¿Qué desea usted saber?

—Necesito unos datos sobre determinado carruaje de este servicio, señor...

—Spencer —miró fijamente a su interlocutor, cada vez más desconfiado—. ¿Sobre qué carruaje, en concreto?

—Uno, no sé exactamente cuál, señor Spencer. ¿Tienen algún distintivo entre sí que los diferencie?

—Señor -Denham, debería usted saber, como policía que es, que estos vehículos de punto llevan una numeración de orden. Dígame qué número de carruaje, y podré indicarle cuáles son sus servicios, y cuanto precise sobre ello.

—El número de ese carruaje concreto, lo ignoro.

—Entonces... —el encargado pareció dar por terminado el asunto, con un encogimiento de hombros y un gesto de disgusto.

—Espere —le detuvo Larry bruscamente—. Quizá pueda saber usted qué carruaje es. Lo encargaron anoche, desde el teatro Westminster Hall, que se inauguraba precisamente ayer con Macbeth.

—¿El teatro nueve? —Spencer arrugó su ceño—. Al menos me encargaron diez o doce carruajes desde ese local. Tenían una fiesta o algo así...

—Exacto —los ojos de Larry brillaron—. Todos debieron cumplir su cometido. Todos menos uno.

—¿Uno? ¿Por qué está tan seguro de eso? —El encargado de la compañía le miró con extrañeza—. Que yo sepa, todos realizaron el viaje previsto, señor Denham.

—Lo siento. No fue así. —Larry dibujó su mejor sonrisa—. Uno de ellos se marchó sin hacer su viaje. ¿No tienen la obligación sus cocheros de informarle sobre los servicios prestados?

—Más que eso. Están obligados a presentar un informe sobre el recorrido, precio y demás detalles, para control nuestro. Tengo en mi poder todos esos informes de anoche. Y puedo asegurarle que ninguno volvió en blanco o

presentó excusas ni problemas.

—Entonces, uno de ellos mintió.

—¿Eh? —las duras palabras de Larry' Denham habían sobresaltado al hombre—. ¿Qué es lo que dice usted? Todos nuestros empleados y nuestros servicios son absolutamente honestos, legales, y se cumplen además escrupulosamente. Ninguno de nuestros cocheros faltarían a su deber o harían un falso informe sobre ello...

—Señor Spencer, la señorita Priscilla Kelly, actriz del Westminster Hall, encargó un coche de punto que debía esperarla en la puerta del escenario del teatro. Ella salió, tras la función, y fue asesinada en aquel callejón. Pasaba casi un cuarto de hora de la señalada para ser recogida, y el carruaje parece ser que estaba allí esperándola. Pero ella murió violentamente allí mismo, el coche no hizo tal viaje, y en Scotland Yard ignoramos lo que pudo suceder con coche y cochero. Para eso he venido aquí. No estaría bien que un empleado suyo fuese cómplice de un crimen... o simplemente testigo de él, sin haber informado a la policía.

El encargado de la Compañía Saint James, miró entre preocupado y ofendido a su visitante. Por fin, de modo airado, le hizo un gesto, señalándole una vieja silla desvencijada.

—Siéntese, por favor —pidió, secó—. Voy a demostrarle que está en un error.

Tranquilamente, Larry se acomodó sobre el crujiente mueble, que osciló de modo peligroso bajo su peso. El tal Spencer sacudió el polvo de una estantería y tomó un libro, de gran volumen, cuyas hojas volvió con nerviosismo.

—Veamos —dijo roncamente—. Anoche... el Westminster Hall... Sí, aquí está. A las once de la noche. Uno, dos, tres..., hasta once coches de punto encargados. Veamos... Diez de ellos fueron hasta un club teatral, en The Mali... Y uno hasta Berkeley Street, en Mayfair...

—¡Un momento! —Le interrumpió Denham—. ¿Quién fue el que viajó hasta Mayfair?

—¿Eso importa algo? —Arrugó el ceño Spencer—. El hecho es que todos hicieron su viaje. Los otros diez fueron de una guinea. El del número 123, fue en cambio de casi dos guineas. Usted dijo que...

—Señor Spencer, todos los carruajes encargados desde ese teatro tenían que haber viajado al mismo lugar: el club teatral de The Mail. ¿Por qué sólo uno de ellos fue a Berkeley Street? No tiene explicación, puesto que la compañía se reunía a celebrar una fiesta en ese club. ¿Vale realmente dos guineas aproximadamente el trayecto desde el teatro a Berkeley?

—Bueno, algo menos... —tuvo que confesar Spencer, apurado, volviendo a mirar el libro registro de la compañía—. Aquí dice, exactamente: trayecto Millbank- Berkeley Street... una guinea y...

—Millbank no es el lugar donde está ese teatro, señor Spencer. Por tanto, el coche número 123 se desplazó de su punto de destino original, tomando otro viaje diferente al previsto en un principio. ¿Pudo ser eso lo que sucedió?

—Pues... sí, pudo ser —el empleado sacudió la cabeza, cerrando el grueso volumen—. Pero eso no afecta a la empresa. El dio cuenta exacta de su trayecto y su importe, que es lo que cuenta. Tal vez el cliente lo pensó mejor y anuló el viaje previsto...

—No, señor Spencer —Larry clavaba sus fríos ojos en el empleado—. No es eso lo que sucedió. Por el contrario, el cliente fue atacado y muerto por alguien, ante los ojos mismos de su cochero..., y éste se dio a la fuga, despavorido. Eso es lo que pienso, y estoy seguro de no equivocarme. Ahora, quisiera que me completase »a información.

—¿De qué modo?

—Dándome el nombre de ese cochero, el del carruaje 123..., y diciéndome dónde puedo encontrarlo ahora.

* * *

—¿Dirk O'Leary? Sí, él es cochero del coche 123... ¿Por qué le buscan? ¿Hizo algo malo?

—No, tranquilícese —sonrió Larry, tras mostrar su distintivo de Scotland Yard a los cocheros reunidos en uno de los rincones de la amplia cochera de la Compañía Saint James—. Su compañero no ha hecho nada malo. Por el contrario puede sernos de mucha ayuda para encontrar a alguien que sí lo hizo. Creemos que Dirk O'Leary fue testigo de un crimen en la pasada noche.

—¡Cielos! —Exclamó un tipo pequeño, de gruesa y larga nariz, gorra grasienta y fuerte acento cockney—. No se referirá a ese feo asunto del callejón del Westminster...

—Al mismo —asintió Larry Denham. Estudió los rostros de la media docena de hombres reunidos en torno a los carruajes libres de servicio en ese momento—. ¿Alguno de ustedes sabe dónde podría encontrarle ahora?

—Pues ya que lo ha dicho, señor..., me sorprendió ver que, tras estar anoche de servicio, Dirk continuaba trabajando hoy todo el día —habló otro individuo pequeño y rechoncho, con hombros de cargador de muelles, dando unos pasos hacia él—. Le vi aquí este mediodía, con rostro pálido, ojeras profundas y aire nervioso, como si no hubiera dormido en toda la noche. Cuando se marchó con su cliente, le dije que valía más que se fuese a descansar un poco, que dar vueltas por la ciudad en su estado...

—¿Cliente? ¿Alguien le tomó para algún viaje en particular?

—Sí, señor —asintió el cochero con énfasis—. ¡Y qué cliente, cielos!

—¿Tenía algo... especial?

—Bueno, no es que me guste meterme con los clientes, señor, usted lo entenderá. Pero el tipo ese tenía un aire tan..., tan repulsivo, tan desagradable... Yo no digo que se pueda ser tuerto, cojo, jorobado..., ¡pero todo a la vez...!

—¿Todo? —Larry enarcó las cejas—. ¿Quiere decir que era tuerto, cojo y jorobado a la vez?

—Eso es. Un tipo horripilante, señor. Pero vestía bien. Alquiló el coche de Dirk, y se largaron... Yo que él no lo hubiera tomado. Soy supersticioso, ¿sabe? Creo que hay gente que da mala suerte forzosamente. Y ése era uno de ellos.

—Supongo que nadie sabrá adónde fueron, claro está...

—No, yo no —dijo uno, encogiéndose de hombros—. Vi al jorobado, pero eso fue todo.

—Yo sí le oí dar la dirección cuando subía al carruaje —habló el hombre que mencionara inicialmente al extraño jorobado—. ¿De veras le interesa conocerla?

—Sí, por favor, —Denham contuvo lo mejor posible la tensión que experimentaba en esos momentos—. Puede ser muy importante..., sobre todo para el propio O'Leary y su seguridad.

—Bueno, no sé exactamente qué calle le indicó, pero al preguntar Dirk por su emplazamiento, el jorobado mencionó algo relativo al barrio de Southwark.

—Southwark... —repitió Denham lentamente—. Eso está al otro lado del rio...

CAPITULO III

—Sí, señor Denham. Esto es Southwark. Pero no va a ser sencillo

—No, imagino que no. Es una zona muy amplia, ¿verdad?

—Mucho. Va desde Lambeth hasta el área situada frente a la Torre. ¿Conoce usted bien Londres?

—En el plano urbano —rió entre dientes Larry—. Aún llevo poco tiempo en la ciudad, sargento. Tendrá que ayudarme usted, si quiero llegar a alguna parte.

—Lo haré gustoso, señor. Tengo además a mis hombres para que patrullen la zona en busca de ese carruaje. ¿Es un coche de alquiler público?

—Sí, lo es. De la Compañía Saint James. Los coches van pintados de negro, con una franja azul. Este lleva el número 123.

—Buscaremos por toda la zona, esté seguro —asintió el sargento Neil Clemens, de la policía metropolitana, con acento enfático—. Mis hombres recorrerán todo Southwark, desde las principales arterias, como Stamford, Southwark y Blackfriars, hasta los más recónditos callejones donde quepa un carruaje de caballos (*A quien no conozca bien Londres, esta frase le resultará poco inteligible. Pero lo cierto es que muchos callejones de Whitechapel o Blackfriars, son tan estrechos, que incluso difícilmente podrían caminar por ellos dos personas una al lado de otra. Habitualmente, tales callejones conducen a patios de vecindad antiquísimos, y hoy día se conservan tal y como siempre fueron*).

—No, sargento —se apresuró a replicar Larry—. No moleste en exceso a su gente ni prolongue demasiado la búsqueda. No creo que esté en ninguna calle importante.

—¿No? —Enarcó las cejas el policía con sorpresa—. ¿Por qué supone eso?

—Es muy sencillo. Porque de ser una calle principal, el cochero la hubiera conocido, sin necesidad de que el viajero añadiese el nombre del distrito. En cambio, necesitó ese dato para poder saber dónde era.

—Una lógica conclusión, señor —el sargento le contempló admirado—. Sí, se hará como usted dice. ¿Dónde puedo reunirme con usted si hay algo positivo en la búsqueda, señor Denham?

—Estaré cerca de aquí hasta... las nueve de esta noche —dijo Larry, tras consultar su reloj de bolsillo—. ¿Hay algún buen restaurante en Southwark donde se haga más grata la espera?

—Hay un club-restaurante donde las horas le pasarán rápidas, señor —sonrió maliciosamente el sargento Clemens—. Es el Goodtime Dinners Club, de Blackfriars Road. Allí le servirán un excelente vino, la mejor cerveza del sur de Londres, magnífica comida..., y todo ello aderezado con la presencia de un pequeño espectáculo que escandalizará a muchos de los puritanos caballeros de nuestra época, si su puritanismo fuese tan sincero como ellos aparentan que es.

—Imagino que estará reservado solamente a miembros del club... —argumentó Larry.

—Y también a los funcionarios de policía, señor —le guiñó un ojo el sargento—. Lo sé por experiencia... Su credencial le bastará para ser bien atendido, se lo aseguro.

—En ese caso..., me encontrará en ese lugar si ocurre algo importante, sargento.

—Bien, señor —el policía de uniforme saludó, respetuoso, y luego, de repente, pareció caer en la cuenta de algo que hasta entonces no se había mencionado—. Por cierto..., ¿está usted autorizado por el inspector McDermott para llevar a cabo directamente esta tarea?

—Por supuesto —asintió Larry sin pestañear, aunque sabía que eso no era cierto, y que estaba ya pasándose en sus atribuciones, en su afán de llegar lo más lejos posible—. No debe preocuparse por ello, sargento Clemens. El está ocupado en otro aspecto de la investigación, y me ha encomendado a mí esta tarea. No se olvide. Por buena que sea la comida, la bebida... y lo demás, en ese excelente local, estaré impaciente por saber el curso de las pesquisas. Puede ser muy importante que hallemos ese coche y a su conductor..., especialmente si podemos encontrarlo con vida.

—Sí, lo imagino, señor —asintió el policía, volviendo a saludar—. Descuide. Apenas sepa algo, volaré a comunicárselo.

* * *

Ciertamente, el sargento Clemens era hombre bien informado... o tenía buen gusto, si es que había estado antes en el Goodtime Dinners Club de Blackfriars Road. Aparte haber sido bien acogido, y acomodado en una mesa perfectamente situada, comprobó que la cerveza era excelente, el vino de perfecto bouquet, al menos el tinto, y la comida elegida, con ayuda del solemne y pulcro maître, nada hubiese tenido que envidiar al mejor restaurante de la City, en calidad y en cocina.

Larry Denham escogió un menú muy sencillo, a base de consomé, carne con ensalada y postre de frutas en dulce. Luego, aceptó varios cafés seguidos (*Téngase en cuenta que el café, en Inglaterra, se sirve tras los postres sin límite de consumo, pudiendo tomar una o diez tazas, sin diferencia de precio del servicio*), mientras fumaba en silencio y contemplaba el pequeño show que animaba la cena.

También en eso tuvo razón el buen sargento Clemens, de la demarcación de Southwark. Era un espectáculo pequeño..., pero sabroso.

Se trataba de una cantante y bailarina, acompañada por un pianista y un violinista.

Ellos, los músicos, eran de avanzada edad, apolillado frac y aire aburrido, pero la artista de turno, aunque no fuese demasiado joven, era todo lo contrario de su acompañamiento musical.

Se trataba de una mujer muy rubia y exuberante, a quien no parecía importarle que, en los movimientos procaces de su danza, mientras cantaba con voz grave y no mal timbrada las más alegres melodías, le asomara maliciosamente un seno o mostrase entre los encajes crujientes que se amontonaban bajo sus faldas los firmes muslos y el no menos rotundo trasero, oprimido dificultosamente por unas tenues bragas escarlata.

Los muy respetables caballeros asistentes —el club, como la mayoría de sus iguales en Londres, era solamente para hombres—, no parecían nada escandalizados. A algunos se les caía el monóculo ante la visión de las curvas de la rubia artista, y otros aplaudían con calor las picaras posturas de la provocativa hembra.

No faltó en sus números las consabidas carantoñas a los clientes, acariciar las calvas de los más viejos, o sentarse en las rodillas de los más fuertes, ya que de otro modo su muy generosa naturaleza no hubiera tenido fácil soporte.

Por supuesto, a Larry le tocó sentir sobre sus piernas los macizos muslos de la rubia artista, y sus no menos vigorosas y redondeadas nalgas. Los pechos exuberantes de la dama casi le arrollaron, envolventes, cuando se inclinó sobre él y la besó la mejilla. Un vaho de perfume intenso le invadió mientras ella se mantenía sentada en sus rodillas. Luego, se levantó ágilmente, y siguió su número, entre nuevos aplausos de los clientes.

Larry Denham no era un provinciano que se dejase deslumbrar por las audacias de la gran ciudad, pero se sonrió, recordando el comentario del sargento Clemens sobre los alicientes de aquel club. Había que reconocer que en Bradford, una actuación así hubiera provocado el escándalo. Aquí, en Londres, le parecía lo más normal del mundo.

Aplaudía con calor el mutis de la rubia dama, cuando un camarero se aproximó a él discretamente y le murmuró al oído:

—Señor, un caballero... ejem... le espera en el vestíbulo. Es..., es un oficial de policía. Dice que es urgente.

Larry se puso en pie de un salto y corrió hacia el lugar indicado. Clemens le esperaba, con su capote cubierto por el brillo de la humedad nocturna. A través de la puerta entreabierta del local, captó Larry la densa niebla que, con el anochecer, habíase acumulado sobre Southwark.

—¿Y bien, sargento? —preguntó, mientras el otro le saludaba, respetuoso —. ¿Qué novedades hay?

—Varias, señor —dijo el policeman con gesto ceñudo—. Y no demasiado buenas...

—¿No ha aparecido el carruaje?

—Ha aparecido el carruaje número 123, señor. En un olvidado callejón de la zona sudeste del distrito. Exactamente en London Bridge Lane, a espaldas de la estación. Es una zona solitaria y aislada, donde resultó difícil localizar el vehículo. Pero lo logró uno de mis agentes, señor.

—Muy bien —los ojos astutos de Larry no se separaban del rostro ensombrecido del sargento—. Prosiga. ¿Qué más ocurre?

—El conductor, Dirk O'Leary, estaba dentro del coche. Muerto, señor. Asesinado...

* * *

Además de la espesa niebla, parecía lloviznar, tal era la densidad de la humedad, cuyo contacto con la piel y con las ropas cubría rápidamente éstas de una capa viscosa y fría, como si lloviznara. El lugar, increíblemente oscuro, desierto y desagradable, contribuía a hacer menos tolerable el clima de la zona.

Era un apartado punto, a espaldas de las tapias de ladrillo de un apartadero ferroviario de London Bridge Station, y unas cuantas casuchas de muros húmedos, desconchados y feos, formaban aquella callejuela donde encontrara la policía de Southwark el abandonado carruaje negro con la franja azul. El número 123 había sido cubierto con pellas de fango, pero eso no bastó para desorientar al joven agente que localizó su paradero.

Larry contempló largamente, a la luz de las lámparas de los policías, el cuerpo encogido, rígidos sus miembros, dilatadas las pupilas por un horror sin límites, del infortunado cochero, pelirrojo y de frondosas patillas, que yacía dentro del vehículo, tendido sobre el asiento destinado a los pasajeros.

El sargento Clemens tuvo razón. Le habían asesinado, eso era evidente. Un terrible golpe de cuchillo, sobre su espalda, le había partido el corazón y atravesado los pulmones. Era una cuchillada profunda, en diagonal, y asomaba entre sus omóplatos la empuñadura del arma, profundamente hundida en su cuerpo. Un vulgar y enorme cuchillo de carnicero, que le recordó vagamente a Larry Denham aquel viejo caso sangriento, allá en Bradford.

—Pobre hombre —musitó—. Debió morir en el acto, pero la impresión fue terrible...

Asintió el sargento con la cabeza, y Larry exhaló un suspiro, al tiempo que examinaba las ensangrentadas ropas y todo cuanto podía hallarse dentro del carruaje, que le diese un indicio, por leve que fuese.

Había barro en el suelo del carruaje, y al mirar calzado de O'Leary descubrió que apenas si estaban mojadas las suelas de sus botas. Pensativo, acercando la lámpara lo más posible, retiró los trozos de barro y los observó, pensativo.

Estaban secos, y tenían una coloración levemente clara, como blancuzca. Lo comparó con el barro adherido ahora a sus propios zapatos. Había una considerable diferencia de color entre ambos. Ante la mirada perpleja del sargento, Larry extrajo de su bolsillo un trozo de papel, y envolvió cuidadosamente en él los fragmentos de barro seco. Luego, examinó con interés lo que parecían ser unas leves huellas de pisadas en el carruaje.

—Unas pisadas son más fuertes que otras y dejaron la huella más marcada. El pie izquierdo es el que menos se señala. Sargento, puede dar orden de

detención contra un hombre jorobado, tuerto, y que cojea acentuadamente de la pierna izquierda. Es el asesino del pobre cochero.

—¿Está seguro? —le miró el policía con perplejidad.

—Por completo —suspiró Denham—. Lo que no podría decirle es por qué lo hizo... o si hay alguien detrás de ese monstruoso asesino.

Luego, se apartó del carruaje, con aire sombrío, y contempló el suburbio, con sus descampados, sus luces macilentas y la proximidad del rio, allá tras las vías férreas de la estación.

Estaba pensando en lo que tendría que explicar a su superior para justificar del mejor modo posible su actuación en aquel caso.

* * *

—Le dije muy claramente, Larry, que no se atribuyera una autoridad que no posee. ¿Lo recuerda bien?

—Sí, señor.

—¿Y se da cuenta que me ha desobedecido claramente, ordenando una batida por todo un distrito de Londres, dando órdenes a un sargento de la policía, y disponiendo una serie de medidas que usted no estaba autorizado a tomar?

—Sí, señor.

—¿No comprende que debió informarme previamente a mí, antes de tomar iniciativa alguna en Southwark, para que yo diese las órdenes de búsqueda del cochero O'Leary y todo lo demás, sin querer convertirse por unas horas en un auténtico inspector de Scotland Yard, con toda la autoridad sobre el cuerpo de policía de Londres?

—Sí, señor.

—¡Infiernos, Denham, diga algo que no sea «sí, señor», o le arrojaré el tintero a la cabeza!

—Pero, señor, ¿qué otra cosa puedo decirle? Usted tiene toda la razón. Mi comportamiento no tiene excusas. No debí tomar la iniciativa hasta el final, pero comprendí que urgía dar con ese cochero, o sería demasiado tarde para salvar su vida...

—Y fue demasiado tarde —replicó con sarcasmo el inspector McDermott, ante su erguido, rígido e impasible subordinado, mientras paseaba furiosamente por su despacho—. Usted no logró salvar la vida de ese hombre, y en cambio movilizó a todas las fuerzas de un distrito completo de la ciudad, como si en vez de ser un novato en Scotland Yard, fuese uno de sus jefazos. ¿Se da cuenta de lo que ha hecho?

—Sí, señor.

—¡No me empiece otra vez con eso, Denham! —aulló McDermott, parándose ante él—. ¿Cómo explico yo ahora al superintendente que un subordinado mío, cuya tarea es archivar datos y expedientes, se ha tomado el atrevimiento de dirigir toda una operación policial en gran escala?

—Lo siento, señor. Pero de haber hallado vivo a O'Leary, hubiese valido la pena...

—¡Pero no halló vivo a O'Leary, y ahora me ha convertido en el hazmerreír de todo el departamento, Denham! ¿Cómo oculto yo a los demás que el sargento Clemens recibió órdenes directas suyas para remover todo Southwark, mientras usted cenaba en un club lujoso, con una hermosa rubia encima de sus piernas?

—Señor, esa nota de gastos es personal y no pienso pasarla a Scotland Yard...

—¡Sólo faltaría eso! —McDermott agitó un dedo índice, amenazador como el cañón de un revólver, ante el rostro de su joven subordinado—. ¡Escuche esto, Denham! Voy a transigir esta vez, por evitar escándalos, aceptando que yo le di esas instrucciones por motivos de emergencia para dar con O'Leary, pero eso será todo. Asumiré la responsabilidad de los hechos, y echaremos así tierra al asunto, para evitar indagaciones de los de arriba. Pero ésta ha sido la primera y la última vez que usted actúa por su cuenta, ¿comprende? En caso de reincidir, me vería obligado a incoarle expediente disciplinario, y eso significaría su final en Scotland Yard. ¿Está bien enterado de todo ello?

—Sí, señor —afirmó con resignación Larry.

—Perfectamente. Entonces, puede retirarse. Y no me importa que sea tan tarde y haya perdido usted la noche en su... aventura policial. Mañana será puntual a su trabajo, o sabrá usted quién es Ian McDermott, ¿entendido?

—Sí, señor —dijo por enésima vez Larry, ante la irritación de su superior.

En ese momento llamaron suavemente a la puerta de! despacho. El inspector, tras una mirada furibunda a su subordinado, autorizó a que entrasen en la estancia. Un policía de servicio lo hizo, saludando respetuosamente y dejando un papel doblado en manos de McDermott.

—Aquí está el informe del laboratorio, inspector —dijo.

—¿El laboratorio? —las cejas de McDermott se fruncieron—. ¿Qué informe, Pat?

—El que solicitó el señor Denham —señaló a Larry—. El doctor Bingham dice que no resultó nada difícil el análisis de las muestras de barro recibidas.

—Un análisis de muestras de barro... ¡solicitado por usted, Denham! —silabeó McDermott, casi estrujando el papel. Se contuvo y miró al funcionario de policía recién llegado—. Está" bien, Pat, puede usted retirarse.

Lo hizo presuroso el agente, presintiendo tormenta. Una vez a solas, el inspector miró a Larry con expresión colérica, y agitó el documento en el aire.

—¿Esto también ha sido obra suya, Denham? —interpeló.

—Lo siento, señor. Son muestras del barro que había dentro del carruaje. Puede ser importante...

—¡Eso lo decidiré yo! —Rugió McDermott, furioso—, ¿Quién le autorizó a pedir un análisis al laboratorio? ¡Eso sólo puede pedirse con mi autorización expresa!

—No tuve ocasión de pedírsela, señor, y como podía extraviarse el barro, pensé...

—Usted siempre piensa por sí mismo, sin importarle nada los demás —silabeó McDermott, desplegando el papel—. Veamos qué nueva genialidad se le ha ocurrido a nuestro sabueso de Bradford...

Desplegado el papel, el inspector leyó, ante el silencio expectante de Larry Denham:

—«El barro analizado permite apreciar una gran abundancia de cal en la mezcla de tierra y agua, así como de vestigios de yeso...» —alzó sus ojos, mirando a Larry con gesto de pocos amigos—. Vaya, vaya... Esto es interesante, Denham. ¿Qué diablos espera sacar en limpio usted con un poco de barro que tiene cal y yeso, maldita sea?

—Algo muy simple, inspector —respondió Larry prudentemente—. En la zona donde hallaron el carruaje, no hay barro de ese color ni muestra alguna de cal o yeso en sus alrededores. Ese barro estaba seco, prueba de que se desprendió del calzado del asesino durante el trayecto hasta el lugar del crimen y procede sin duda de un lugar donde por alguna razón hay cal y yeso en el suelo, y éste tiene un alto grado de humedad. Eso puede ayudarnos a encontrar el paradero del criminal. Tal vez un negocio de albañilería o cosa parecida. O un taller para estucados... Algo así, señor.

—¡Perfecto! Su poder deductivo me asombra, Denham. También me ha referido el sargento Clemens que se busca a un jorobado que, además, es tuerto y cojea del pie izquierdo. ¿Cómo puede estar tan seguro de que semejante individuo fue quien mató a O'Leary?

—Era el viajero que llevó. Así lo describieron. Y el que dejó esa pisadas de barro blancuzco, cojeaba del pie izquierdo, ya que dejaba señales desiguales en el suelo.

—Muy bien, Denham. Después de esas brillantes conclusiones que a nada conducen, será mejor que se retire, antes de que pierda mi paciencia. Y recuerde algo: ¡no vuelva a meterse por propia iniciativa en nada! Este asunto es mío, y sólo yo puedo dar órdenes y conducir las investigaciones, ¿está bien claro?

—Por completo, señor —asintió Larry Denham, disciplinado.

—Ahora, retírese —fue la orden escueta de su superior—. Prefiero no volver a verle hasta mañana, Denham. Buenas noches.

—Buenas noches, señor —saludó Larry, saliendo del despacho casi sigilosamente.

A sus espaldas, antes de que él llegase a cerrar, el inspector McDermott dio un seco portazo.

CAPITULO IV

El Variety terminaba habitualmente a avanzadas horas de la noche. Su espectáculo era de la clase que gusta a los noctámbulos, pese a que el distrito de Soho, en plena era victoriana, y pasadas las doce de la noche, no era un lugar recomendable para visitar.

Stella Wingate terminó de exhibir su bien dotado torso y sus muy bellas piernas en el número final del espectáculo, y cuando cayó el telón, los aplausos la obligaron a repetir el estribillo y desfile final, rodeada de las otras coristas, todas ellas exhibiendo con generosidad sus pantorrillas y muslos ceñidos por la malla negra, rematada por las ligas de vistosos colores.

'Arreciaron los aplausos, pero las chicas se retiraron de la escena definitivamente, y el público comenzó a desfilar hacia la calle, retirándose en los carruajes de alquiler que esperaban a la puerta del teatro.

Solamente cuando las luces del local se habían apagado en su gran mayoría, los artistas iban abandonando el teatro para regresar a sus domicilios en plena madrugada, a través de las solitarias y brumosas calles de Soho.

Stella Wingate tenía suerte esta noche. No sólo había recibido el más hermoso ramo de rosa rojas que recordaba en mucho tiempo, sino que una tarjeta entregada poco antes de finalizar la representación, la advertía de que un admirador suyo la esperaba con su coche, para llevarla a una fiesta privada donde sería bien acogida.

El caballero que firmaba esa tarjeta era Claude Arnold. Y el gran Londres sabía bien quién era Claude Arnold. Emparentado con la aristocracia, hombre joven, rico y generoso, acostumbrado a tener galantes romances con las figuras del teatro frívolo. Pero, eso sí, siempre dejando a sus bellas damas costosos recuerdos, como brazaletes, regalos de alto precio, e incluso importantes sumas en metálico cuando el idilio se prolongaba más de lo habitual en él.

Stella no podía hacerle ascos a un hombre así, y su respuesta, tras una leve vacilación, fue afirmativa. Estaría en la salida del escenario cuando el caballero la esperase con su carruaje.

Se despojó de las ropas de escena apresuradamente, y el espejo de su camerino le devolvió la imagen esplendorosa de una belleza morena y sensual, de unas formas provocativas y generosas, en especial en sus bien redondeadas caderas, sus erectos pechos y su trasero llamativo.

Tras admirar su propia desnudez, que consideraba arma suficiente para obtener de un joven apasionado y generoso como Claude Arnold cuanto ella quisiera, Stella Wingate se empezó a cubrir con las prendas abundantes de la época, desde el corpiño que ceñía sus senos prominentes, hasta las crujientes enaguas que envolvían sus piernas y nalgas, rematándose luego la indumentaria con un brillante vestido claro, que iba muy bien a su morena belleza. El escote era generoso y profundo, pero eso iba bien a su propósito de

dar realce a sus magníficos pechos.

Stella Wingate tomó consigo el bellísimo ramo de rosas rojas, que por nada del mundo hubiera querido dejar allí, en el camerino, para que se mustiaran sin disfrutar de su belleza aromática, y se encaminó a la salida. No le importaba que esas flores, obsequio de un anónimo admirador, pudiesen irritar al caballero Arnold. Eran demasiado hermosas para dejarlas allí olvidadas.

Cuando alcanzó la salida del escenario, ya eran muy escasas las luces en torno, y muy densas las brumas de la madrugada. Los mecheros de gas, dentro de las farolas del alumbrado público, oscilaban de modo fantasmal, heridas por una brisa fría y húmeda que llegaba del río.

Stella se detuvo un instante en la puerta, casi sin que sus ojos pudiesen penetrar en la bruma. Creyó sentir, allá en alguna parte, un ruido peculiar, como el aleteo de un ave en la niebla, segundos antes de que de las brumas emergiese una alta figura envuelta en un negro macferlán. Una mano retiró de la cabeza el sombrero de copa alta, y la figura hizo una inclinación ceremoniosa.

—Señorita Wingate, los minutos de espera se me hicieron siglos...

—Señor Arnold, ha sido muy gentil.

—Por Dios, no diga eso. Todavía no he tenido ocasión de serlo con usted. Venga, por favor. Mi carruaje espera ahí. Nos llevará en poco tiempo al lugar donde podemos pasar una grata velada.

Stella captó la presencia del carruaje, allá en la densa niebla, gracias a la luz de una farola de posición en su pescante. Luego, fue adivinando la forma del vehículo parado ante el teatro.

—No debe temer nada —sonrió el caballera—. Las damas están seguras en mi compañía, se lo garantizo. Además, el lugar al que pienso llevarla es de lo más seguro y selecto de la ciudad. Mi amigo, Vincent Twilling, da una fiesta en su residencia. Estoy invitado. Y cuando me invitan a mí, invitan también a mi dama. ¿Vamos ya?

—Vincent Twilling... —pestañeó Stella, sorprendida gratamente—. Oh, la señora Twilling es una antigua compañera mía. Estudiamos juntas Arte Dramático hace unos años...

—Entonces, ya ve que no puedo intentar nada inconfesable —sonrió el joven—. Todo va a ser tremendamente ingenuo y sencillo, créame. Por favor...

La tomó de una mano, caminando hacia el cercano carruaje. Stella creyó captar de nuevo aquella especie de batir de alas en la niebla, sobre su cabeza. Alzó los ojos, sin poder ver nada. También Arnold pareció escudriñar las alturas, y comentó, riendo:

—Bueno, parece que algún mochuelo no ha encontrado su nido... Suba, por favor. Vamos bien acompañados. Cuando salgo en noches así, acostumbro llevar cochero y postillón. Y ambos van bien armados. Es simple precaución, señorita Wingate...

La portezuela del coche estaba abierta. Stella subió, recogiéndose las crujientes faldas. Una rosa roja se desprendió de su ramo, y rodó por el barrillo helado del empedrado callejón. Se acomodó la actriz en el interior del carruaje, y Claude Arnold lo hizo junto a ella. La portezuela se cerró, el postillón se reunió en el pescante con el cochero, y el carruaje partió, rodando con rapidez sobre el suelo mojado.

Allá, en alguna parte en la niebla y en la oscuridad de la noche, el aleteo siniestro se hizo más fuerte, como irritado. Una vaga sombra alada flotó un instante, a la claridad de una lejana farola, planeando sobre el callejón, a escasa altura.

Pareció detenerse un instante, sobre la rosa roja caída en el empedrado. Luego, el revoloteo sonó con más tuerza, y la sombra alada se perdió en la noche, como si fuera siguiendo al carruaje que se alejaba de las proximidades del Variety.

* * *

Vincent Twilling era también todo un caballero.

Alto y arrogante como el joven Claude Arnold, y también como éste vestido impecablemente de negro frac, la diferencia entre ambos era solamente la edad. Mientras Arnold no tendría más allá de treinta años, Twilling debía de rozar los cuarenta y cinco, aunque su físico era juvenil, su rostro solamente marcado por leves arrugas, y su cabello, ligeramente canoso, le prestaba una apariencia entre respetable y mundana.

—Es un placer conocerla, señorita Wingate —saludó a Stella, cuando Claude Arnold hizo las presentaciones—. Su nombre, como actriz de espectáculos musicales, ya me era conocido. Y mi esposa creo que llegó a conocerla en una ocasión...

—Oh, sí, va se lo mencioné al señor Arnold —asintió Stella vivamente—. Fue una relación breve, puesto que sólo coincidimos en el último curso de ella, pero luego supe de su boda con usted, y me alegré por ella.

—No crea, Lorna recuerda con demasiada frecuencia su época de actriz —sonrió Twilling—. Creo que si no le diese los más mínimos caprichos, cualquier día la perdería, y regresaría a los escenarios.

Rieron todos el comentario del rico caballero, y éste se apresuró a llevarles al interior de la casa, brillantemente iluminada, y con más de treinta invitados en sus suntuosos salones.

—¿Bailamos, señorita Wingate? —se ofreció Arnold, cuando alcanzaron el salón donde los músicos interpretaban unos valses.

Ella asintió, tomando un par de rosas de su ramo, para prenderlas en sus ropas, y se dejó llevar por los brazos de su galán. Cuando terminó el baile, les esperaban Vincent Twilling junto a su esposa, Lorna.

—Querida, quiero presentarte a una antigua amiga y compañera de estudios dramáticos —dijo el millonario, dirigiéndose a su esposa—. Señorita

Wingate, ¿recuerda a Lorna?

Stella miró largamente a la esposa del millonario Era curioso, pero apenas si podía recordar ciertos rostros. No era como Priscilla Ketty o como Sue Lennox, ni siquiera como Abigail Prescott o como su profesora de Arte Dramático, Susan Baker. A Lorna no creía recordarla bien, y ahora se convenció de ello. Sólo pudo recordar su brillante cabello negrísimo, sus ojos profundos y oscuros. En lo demás, apenas si le dijo nada el rostro bello y sereno de la dama, ni su sonrisa afable, su elegante indumentaria y sus costosas joyas. Era como verse ante una extraña, aunque poco a poco se notó más familiar a su lado, puesto que había en ella cosas inconfundibles, detalles que la iban haciendo recordar, que le traían recuerdos de aquellos días de estudios y de ilusiones.

—Me alegra mucho verte de nuevo, Lorna —dijo Stella, besando a su ex compañera.

—Y a mí, Stella —le sonrió la dama dulcemente—. En realidad, me gustaría veros a todas de nuevo. Pero supongo que cada una siguió su camino en la vida...

—Sí. Y hasta alguna dejó ya la vida, Lorna. ¿Oíste hablar de lo de Priscilla Kelly?

—Dios mío, sí —se estremeció ella, cerrando un momento sus ojos—. Lo leí en los diarios. Pobre Priscilla... ¿Se sabe algo de su agresor?

—Nada —movió la cabeza Stella—. Hoy conocí a un joven policía que investiga, un tal Lawrence Denham, de Scotland Yard. Pero no parecía tampoco tener nada definitivo...

—Dejemos de hablar de cosas tristes —cortó Claude Arnold jovialmente —. Por desgracia, no podemos devolver la vida a vuestra compañera. Bailemos y bebamos. Es lo mejor.

—Claude, tú siempre tan superficial —le acusó la señora Twilling alegremente—. Vamos, Stella, querida, divertíos cuanto podáis. Creo que Claude tiene razón en parte, al menos en lo que a ti se refiere. No te habrá traído aquí para hablar de tragedias...

—Sí, Lorna —asintió Stella—. Por desgracia, hemos de seguir viviendo los demás. Creo que es mejor así.

Se dejó arrastrar a la danza por los brazos de Arnold, ante la sonrisa complaciente del matrimonio Twilling. Lorna contemplaba a Stella con sus profundos ojos oscuros, acaso evocando con nostalgia momentos más difíciles pero llenos del encanto de la juventud.

Y eso que sólo hacía de ello unos siete u ocho años...

—¿Reviviendo el pasado, querida? —murmuró la voz de Twilling.

—Sí —ella se volvió a mirar a su esposo, y sonrió con melancolía—. El pasado no siempre ha sido mejor. Pero tiene cierto encanto evocarlo, por malo que resultara...

—¿Nostalgia del teatro?

—Un poco —se encogió de hombros, y apoyó su delicada mano en el

hombro del millonario con quien se había casado—. Pero dejemos todo eso, Vince. Nosotros también somos lo bastante jóvenes para bailar, ¿no te parece?

Y se alejaron por la pista, enlazados, sin que de los ojos profundos de Lorna Twilling se alejasen del todo aquellas vagas sombras de un pasado que su ex compañera, Stella Wingate, le había traído súbitamente, como una lejana ráfaga de un aire ya olvidado...

* * *

Stella salió de la toilette suntuosa de la residencie. Twilling, tras empolvar un poco su nariz y sus mejillas. Había tomado varias copas de champaña, y no quería que asomara un exceso de color a su piel. Debía mostrarse digna de su acompañante. Claude Arnold era todo un caballero.

Se detuvo en la amplia sala encristalada que separaba aquel ala del edificio de la destinada a la fiesta social. Era una especie de enorme invernadero de alta cúpula de vidrios de colores, en cuyo interior se hallaban jarrones y macetas con plantas diversas. En verano, posiblemente la sala encristalada se convirtiese en una terraza al aire libre. Estaba profusamente iluminada, y los pasos resonaban curiosamente en su recinto.

Stella arregló las rosas sobre su vestido. Aspiró su aroma con fruición.

Eran las rosas más aromáticas que jamás había visto. Su perfume resultaba intenso, casi embriagador. Ya lo había notado durante el baile. Pero nunca resulta desagradable oler a rosas.

Reanudó la marcha hacia la sala de baile, cruzando el amplio recinto encristalado. Y, de repente, oyó de nuevo aquel raro sonido.

Alzó la cabeza, asustada, sin saber la razón. Estaba segura de haber captado por dos veces aquella especie de aleteo, allá en el callejón posterior del Variety. Ahora, se repetía el sonido; justamente sobre la cúpula encristalada. Incluso captó una repentina sombra, agigantándose contra el vidrio.

Luego, de repente, éste cedió con un chasquido brusco, y los vidrios cayeron, pulverizados, abriéndose un boquete a, la noche, a la oscuridad, a la niebla. Stella no pudo reprimir un grito ahogado.

El grito se hizo más agudo cuando la forma oscura, alada, penetró por el boquete, entre jirones de niebla y un aire frío y húmedo que helaba los huesos. Aunque quizá ese frío que de repente sintió Stella Wingate, fuese provocado por el terror.

Las alas batieron dentro de la sala encristalada. Algo cayó sobre Stella, envolviéndola en un viscoso batir sordo, crepitante. El grito de Stella se amortiguó, alargándose en una especie de horrible estertor, mientras allá, en la sala, la música de danza, ahora ruidosa, ahogaba todo posible sonido.

Cuando la forma alada se remontó hacia la cúpula y abandonó el recinto por el enorme boquete abierto en la misma, Stella Wingate yacía en el suelo embaldosado, con un reguero corto de sangre partiendo de su garganta.

Estaba blanca, marmórea. Como si no hubiera ni gota de sangre en sus venas.

Claude Arnold, que iba buscando a su pareja momentos más tarde, impaciente por su tardanza, fue quien encontró el cuerpo sin vida en la sala de muros y techos de cristal.

CAPITULO V

Ian McDermott bostezó, mirando con disgusto su reloj de bolsillo.

Eran las seis y media de la mañana, exactamente. Otro día de descanso perdido. La mañana anterior, había sido en el Westminster Hall. Ahora, en el propio Mayfair, en una residencia lujosa, la de los Twilling.

Y los motivos, prácticamente los mismos.

Una muerte. Una mujer sin vida. Sin señales de violencia. Desangrada.

Respiró hondo, incorporándose, tras cubrir con una sábana el cuerpo inerte, marmóreo. Sus ojos se clavaron alternativamente en las tres personas reunidas con él y con los agentes de policía en la sala de cristales.

—De modo que usted trajo aquí a la señorita Wingate...

Sí, inspector —afirmó Claude Arnold, terriblemente pálido pero dueño de sí—. Era una fiesta distinguida, señorial y digna. No se trataba de ninguna bacanal o encerrona para esa joven.

—Lo sé, lo sé, señor Arnold —se apresuró a afirmar McDermott—. Conozco lo suficiente al señor Twilling para no tener al respecto la menor duda.

—Pero Stella está muerta ahora —susurró con voz estremecida la señora Twilling. Y sus ojos, al mirar al policía, fueron tremendamente angustiados —, ¿Qué ha podido suceder?

—No lo sé, pero no es la primera vez que ocurre, señora —manifestó el inspector—. Ayer mismo se dio el primer caso. Otra mujer, otra actriz. Muerta en iguales circunstancias, pero en plena: calle.

—Es horrible... Primero Priscilla, ahora Stella... —recitó amargamente Lorna Twilling—. Es... como una maldición.

—Una maldición, ¿de quién, señora? —indagó vivamente McDermott, mirando muy fijo a la dama.

—Pues... eso no puedo saberlo —Lorna Twilling movió la cabeza con lentitud—. Hacía años que no veía a Stella. Apenas si la recordaba, como ella a mí. Sabíamos que nos conocíamos, eso es todo. Con el tiempo, un rostro es sólo eso, inspector: un rostro. Y poco más, salvo los recuerdos que trae a nuestra mente. Eso me pasó al ver a Stella. Lentamente, evoqué toda una época de mi juventud, en la escuela de Arte Dramático de Marylebone... Y, de pronto, ocurre esto...

—Sí, entiendo lo que sentirá —la vio cubrir el rostro con ambas manos. Estas temblaban, como si un vivo terror agitara a aquella mujer habitualmente serena y dueña de sí. Los ojos de McDermott fueron hasta el esposo, Vincent Twilling, ligeramente demudado pero muy frío y sereno, dada la situación. La voz del policía sonó pausada—: Señor Twilling, ¿cómo supone usted que pudo romperse esa cúpula de cristal?

—Lo ignoro, inspector. Lo cierto es que poco antes de aparecer muerta la señorita Wingate, todo estaba intacto. Yo había pasado por aquí, camino de

las bodegas, para elegir unas botellas especiales de vino de la cosecha del sesenta y ocho, y no advertí aquí nada anormal. Ya ve los vidrios rotos, en torno al cuerpo de esa infortunada joven. Todo debió suceder casi a la vez. El asesino quizá se descolgó por ahí, no sé...

—Un asesino acrobático, sin duda —manifestó McDermott, pensativo, mordiéndose el labio inferior al calcular la altura de la bóveda—. Al menos tiene esta sala unos veinte pies de altura hasta la cúpula (*Aproximadamente, unos seis metros*). ¿Hay algún edificio junto a éste?

—No, ninguno. Un jardín rodea el edificio. Sólo los árboles...

—Los árboles —arrugó' el ceño el inspector—; Sí, quizá sea eso. Pero ¿cree que algún árbol de su jardín es más alto de veinte pies?

—No, no lo creo. Rotundamente, no. Ni tampoco hay nada a mayor nivel que esto...

—Entonces, ¿cómo diablos llegó ahí el intruso, cómo se descolgó, tras romper el cristal, y atacó a Stella Wingate, escapando luego sin ser visto? Para eso haría falta mucho tiempo, bastante ruido y una dosis enorme de agilidad, suerte y audacia.

—Pero ¿por qué está tan seguro de que es un asesinato? —Argumentó Arnold—. No se ven señales de violencia, inspector... Tal vez esos vidrios la hirieron, al romperse...

—Señor Arnold, es el segundo caso en que una joven actriz muere con esas dos señales incisivas en el cuello. Y desangrada por completo. ¿Dónde está la sangre derramada, si fue un accidente? Ése reguero apenas si es nada...

Los tres respetables miembros de la alta sociedad londinense, se miraron con estupor e inquietud. Nadie atinó a decir nada. McDermott resopló, iniciando un mutis contrariado.

—Bien, señores, luego hablaré con ustedes de nuevo. Ahora, debo ocuparme de que el forense me informe lo antes posible sobre este asunto y el de ayer. Me temo que esta clase de sucesos empieza a tomar caracteres de epidemia. No me gusta nada lo que está ocurriendo. Y todavía peor que eso... ¡No entiendo nada!

Y ello aún me gusta menos.

* * *

Larry Denham releyó el informe policial. Luego, estudió el documento forense relativo a Priscilla Kelly. Suspiró, apartando ambos papeles. Se quedó meditativo, en su angosto despacho de Scotland Yard.

Mecánicamente, su mano anotó una serie de datos en una hoja de papel, con trazo brusco:

> «Segundo caso. Idéntico al de Priscilla Kelly. Desangrada. Dos orificios en la carótida. Informe médico señala existencia saliva animal en orificios del cuello de la primera víctima. Parece una mordedura o la incisión de dos púas profundas y

puntiagudas.

»Stella Wingate también fue actriz. Ex compañera de Priscilla en estudios dramáticos.»

Estuvo examinando los datos, como piezas de un rompecabezas totalmente inverosímil. Lo apartó todo con disgusto y se puso en pie. Tomó su sombrero y su macferlán. Salió con paso rápido del despacho.

—Si el inspector McDermott vuelve y pregunta por mí, dígale que fui a casa. Me duele la cabeza —dijo al funcionario de servicio, que se limitó a asentir.

Una vez fuera, Larry se encaminó a la Morgue en un carruaje. Llegó allí en poco tiempo, y pidió ver al forense. Le informaron que estaba practicando la autopsia a Stella Wingate, por orden personal del inspector McDermott.

Denham se limitó a pasear por una antesala. Observó una bolsa de papel precintada, con algo dentro. Se aproximó, Un funcionario le miró, sin decir nada. No tocó la bolsa, pero leyó el papel adherido a ella. Era revelador.

«Objetos personales de Stella Wingate: Dos pulseras de plata. Un anillo de oro con una piedra. Un collar de perlas falsas. Pendientes de oro con piedras azules. Un pequeño bolso de seda con dinero en monedas y billetes. Una polvera. Un estuche de rouge. Un pequeño peine. Dos rosas y un imperdible.»

Dos rosas.

Larry miró al funcionario. Le preguntó:

—¿Usted ha visto lo que contiene esa bolsa?

—Sí, señor. Yo mismo lo puse ahí. No se puede tocar. Orden del inspector McDermott.

—Lo suponía —suspiró Denham—. ¿Cómo son las rosas?

—Muy bellas. Rojas. Huelen de maravilla.

—Rosas rojas... —los ojos de Larry brillaron—. ¿Dónde las llevaba?

—Prendidas sobre el vestido, encima del seno izquierdo. ¿Le gustan las rosas?

—Me gustaban —dijo torvamente Larry Denham. Luego, dio media vuelta brusca y salió del depósito de cadáveres sin esperar a ver al médico forense tras la autopsia del cadáver.

Poco más tarde se hallaba en el callejón posterior de! Variety, en Soho. Escudriñó el lugar, entró en el teatro, y pidió al conserje que le mostrase el camerino de la señorita Wingate. Tras exhibir su credencial, lo consiguió.

No encontró allí más que una tarjeta firmada por Claude Arnold, citando a la joven para después de la representación. Había otra tarjeta en blanco, sin nombre, con unas pocas palabras escritas en ella:

Con admiración. Un enamorado

Pero no había nada más. Olfateó la segunda tarjeta.

—Rosas... —dijo—. Un fuerte aroma.

Se inclinó y recogió un trozo de tallo y una pequeña hojita. Era de una

rosa, sin duda alguna. No había motivo aparente para ello, pero lo guardó en un papel que dobló cuidadosamente, saliendo luego de nuevo a la calle.

Casi la pisoteó al cruzar el empedrado. Se paró en seco. Inclinóse, extrayendo la manchita rojo oscura de la rendija del empedrado. Algún carruaje la había aplastado, y los barrenderos matinales no llegaron a arrancarla del todo.

Era una pequeña rosa roja, triturada e incompleta. Olía fuertemente también.

Pasó al papel donde guardaba lo demás. Larry Denham se alejó del Variety y del Soho.

Sólo una hora más tarde, la campanilla de la puerta de la residencia de Claude Arnold, en Old Bond Street, sonaba repetidamente.

Una doncella abrió al visitante y puso objeciones a que su señor pudiera recibirle. Según ella, se había acostado casi a las ocho de la mañana y estaba terriblemente cansado y nervioso. Insistió Denham, exhibiendo su credencial. Ante el mágico nombre de Scotland Yard, la doncella se rindió.

Ciertamente, el Claude Arnold que salió en bata de seda a recibir a su visitante, distaba mucho de ser el apuesto galán de las noches londinenses. Profundas ojeras rodeaban sus párpados, los ojos aparecían enrojecidos e hinchados, y el rostro, muy pálido y sin afeitar, revelaba un cansancio y nerviosismo inusitados.

—Usted dirá, señor Denham, lo que quiere de mí ahora —declaró, impaciente—. Ya he hablado toda la mañana con el inspector McDermott y...

—Perdone, señor Arnold. Sé que es molestarle tras una noche dura e ingrata, pero le prometo que mis preguntas serán muy breves y escasas. Además, creo que no insistiré sobre nada que le haya preguntado mi... el inspector McDermott.

—Bien, adelante —suspiró resignado, sentándose en un sofá e invitando a hacer lo mismo a Larry—. Usted dirá, señor...

—Denham —el joven sonrió amablemente—. Señor Arnold, ¿fue la primera noche que acompañó usted a la señorita Wingate?

—La primera, sí.

—¿Y la llevó a..., a la residencia de los señores Twilling?

—Eso es. Creí que todo eso estaba ya bien claro.

Lo está, lo está. Señor Arnold, trate de recordar ciertos nimios detalles. ¿La señorita Wingate llevaba algo consigo cuando salió del teatro a reunirse con usted?

—Pues..., sí. Llevaba... un ramo de flores. Rosas rojas, creo.

—¿Suyas, señor Arnold?

—No, no. No me gusta regalar flores. Sólo alguna joya, cosas así. Soy práctico, señor Denham.

—Y las damas, seguro, se lo agradecerán —sonrió Larry—. ¿Llevaba usted coche de alquiler?

—No. El mío, con mis propios postillones. Pero ¿a qué viene todo esto?

—Por favor, no se moleste. Puede ser muy importante, créame. Iba usted acompañado, por tanto, de otras personas a su servicio...

—Dos: Cochero y postillón. Es mi costumbre, sobre todo de noche.

—Una sana costumbre. Londres está imposible a ciertas horas —suspiró Denham—. Señor Arnold, ¿notó usted si merodeaba alguien en particular por el callejón del teatro?

—¿Merodear, dice? No, no, nadie que yo viese... Seguro que no había nadie, o me hubiese mantenido en guardia.

—Lo supongo. Hay mucho pájaro nocturno que despierta sospechas a ciertas horas...

—Oh, a propósito de pájaro... —recordó Arnold, dando un respingo—. Es una tontería, pero...

—Diga, diga, señor Arnold... —le invitó Larry, profundamente interesado.

—Cuando recogía a la señorita Wingate, ella y yo oímos un ruido en el aire, como cuando un pájaro bate alas. Pero un pájaro grande, ¿entiende? Incluso hicimos algún comentario sobre ello. Ya le digo que fue una tontería.

—Un pájaro batiendo alas... —repitió Denham, pensativo—. ¿Seguro que lo oyó?

—No puedo estar seguro. Tal vez lo imaginamos. La niebla era espesa, la noche oscura...

—Creo que donde apareció sin vida la señorita Wingate había un vidrio roto, a gran altura.

—Sí, en la bóveda, a cosa de veinte pies del suelo. ¿Por qué lo dice? El inspector también está intrigado sobre eso, pero se ha comprobado, al parecer, que ningún ser humano pudo descender por allí y volver a salir, tras atacar a Stella.

—Un hombre, quizá no. Pero ¿y un pájaro, señor Arnold?

El millonario miró con estupor a su visitante. Parecía no entenderle bien.

—¿Bromea, señor Denham? —mostró su irritación.

—No, no. Nada más lejos de mi ánimo que bromear con la muerte, señor Arnold —rechazó Larry vivamente—. Era sólo una conclusión. Usted creyó oír un batir de alas... ¿Dice que también lo oyó la señorita Wingate?

—Sí. Los dos alzamos la cabeza y lo comentamos.

—De modo que ese batir de alas existió. Dos personas no imaginan una misma cosa. Luego, algo llegó de las alturas, rompió esa cúpula de cristal y atacó a la señorita Wingate, ocasionándole la muerte.

—Pero... ¿qué, señor Denham? —Protestó vivamente Arnold—. ¿Qué clase de pájaro podría hacer tal cosa, y atacar a una mujer, dentro de un edificio, causándole la muerte... y vaciando de sangre sus venas?

Larry Denham se incorporó con cierta solemnidad. Sus ojos centelleaban, su rostro aparecía tenso cuando, mirando fijamente al joven Arnold, expuso su delirante teoría:

—Un murciélago, señor Arnold. Un murciélago muy especial... Un vampiro. Quizá un vampiro gigante, no sé...

* * *

El hombre asomó su único ojo por la rendija de la puerta. Miró al exterior, a la vecina industria de albañilería que trabajaba durante el día incesantemente. El suelo enfangado por la humedad, mostraba amplias manchas blancas, allí donde el yeso o la cal se les derramaba a los obreros.

Aquel ojo solitario examinó el día nublado, triste y sombrío. La niebla no lograba despegarse de las márgenes del río. Un remolcador hizo oír el chirriante sonido de su sirena.

Luego, el cuerpo deforme se movió con rapidez, cerrando la puerta del caserón y encaminándose corredor adelante, hacia una angosta escalera de caracol, que ascendía hacia lo alto de la torre donde terminaba la edificación.

Era muy acentuada la cojera de la pierna derecha del monstruoso ser, mientras escalaba la altura. Cuando llegó a la planta alta, golpeó en una recia puerta de madera con el puño.

—Sí, Jarkod, entra —le invitó la sorda voz de alguien, desde el interior:

El hombre, que además de tener en su feo y caballuno rostro sólo un ojo dotado de visión, junto al otro convertido en una cicatriz repugnante, mostraba en su espalda una joroba acentuada y se movía como a saltos, con ostensible cojera, abrió la puerta, que emitió un chirrido agrio, y entró en lo que parecía un palomar.

Pero las «palomas» que allí se guardaban, más recordaban a seres infernales que a las apacibles aves propias de tal lugar.

Ciertamente, los seres aquellos estaban provistos de alas. Pero eran de tamaño gigantesco, como buitres, sólo que... colgaban boca abajo, sujetos a unas barras metálicas, con sus membranosas alas plegadas.

Eran cuerpos oscuros, velludos, de orejas puntiagudas, de ojos ciegos, parecidos a enormes ratas aladas.

Había cinco de ellos.

Y eran murciélagos.

Gigantescos murciélagos de una clase muy especial. Vampiros. Así como otros quirópteros de la especie se alimentan de insectos, aquél necesitaba algo más para nutrirse. Algo que le gustaba muy especialmente.

Sangre.

Y si alguien les enseñaba a engullir sangre humana... entonces, un ejemplar cualquiera, con semejante volumen, sería capaz de absorber toda la sangre de las venas de un ser humano.

Lo cierto era que jamás persona alguna había visto un solo ejemplar semejante a aquéllos. La Naturaleza no producía murciélagos de tal tamaño.

—Buenos días, profesor —saludó con una voz rasposa v desagradable el monstruoso ser.

—Buenos días, Jarkod —saludó fríamente el hombre que manipulaba en una larga mesa de trabajo una serie de tubos de ensayo y probetas, con

diversas sustancias de color oscuro—. ¿Algo nuevo?

—Nada, profesor. Los periódicos no traen todavía la noticia de lo ocurrido.

—Ya la traerán —dijo el hombre de la bata blanca, encogiéndose de hombros, perdida su mirada en el vacío.

No era un hombre feo ni desagradable. Alto y vigoroso, mostraba un rostro totalmente inexpresivo, pálido y frío, bajo sus cabellos negros, salpicados de canas. Tenía nariz halconada y apretada boca llena de energía y crueldad. Sus manos, manipulando los instrumentos químicos, eran seguras y firmes, de largos dedos y movimientos precisos.

La presencia de los cinco monstruos alados colgados de las barras metálicas, así como la espantosa apariencia física de su ayudante, no parecían inmutarle lo más mínimo, como si la fealdad física fuese para él una compañía habitual, a la que estaba acostumbrado.

—Lo que sí viene es el hallazgo del coche ese, con su cochero —señaló Jarkod, parpadeando su único ojo—. No dicen gran cosa. Deben estar desorientados.

—Pero lo hallaron demasiado pronto —apuntó el profesor secamente—. ¿No había mejor lugar que aquél para abandonarlo, Jarkod?

—Profesor, esa calleja es un buen sitio. Nunca circula nadie por ella. No sé cómo pudieron dar con él...

—Tal vez casualidad. O tal vez buscaban el carruaje... —los ojos del investigador brillaron, mientras dejaba sus instrumentos con un suspiro, se secaba las manos y caminaba unos pasos, hasta asomar por una especie de rendija o tronera encristalada, al panorama exterior de un feo y tortuoso barrio de Londres—. Parece que muchos policías se movieron ayer tarde por Southwark. Pudiera suceder que Scotland Yard ande tras una pista.

—No lo creo —rechazó el jorobado—. No pueden tener la menor sospecha estoy seguro. ¿Quién la tendría, profesor?

—Jarkod, las cosas no son a veces tan simples. Anoche misino, mi fiel ayudante debía de haber actuado a la salida del teatro, no en otro sitio. Pero algo falló, desorientándolo. Por eso volvió aquí. Tuve que hacerle regresar en busca del rastro. Por suerte, lo encontró. Sabemos que ha muerto una actriz, que no se habla de otra cosa. Y los periódicos están esperando a lanzar una edición especial con el relato del suceso. Es posible que la policía llegue a alguna conclusión. Lo que importa es que no llegue nunca a relacionarnos con todo eso.

—¡Es imposible, profesor! ¿Quién puede saber que usted descubrió la forma de aumentar las células vivas de ciertos animales, creando así unos murciélagos especiales? ¿Quién imaginaría que los tiene amaestrados, que le obedecen en todo... y que pueden seguir el rastro de un determinado olor por todo Londres, atacando a quien lleva consigo esa rosas rojas?

—No me gusta nunca cantar victoria, Jarkod —habló serena v fríamente el profesor—. Yo siempre cuento con lo peor. Esas rosas andan por ahí dispersas. Podría suceder que alguien las hiciera analizar, v descubriese que

su aroma no es totalmente natural, sino que llevan inyectada una sustancia que potencia su aroma en tal modo, que un murciélago bien adiestrado lo localiza incluso a distancia, atacando a quien lo lleva consigo. Podrían recordar de alguna Forma que un joven v brillante profesor de Química y Biología, de origen húngaro, investigó una vez sobre el crecimiento de las células animales y sobre el comportamiento de los murciélagos-vampiros, y asociar ambas cosas, llegando a la conclusión de que el profesor Bela Novak es el asesino de las actrices. Sí, Jarkod, estoy dispuesto a todo. Ocurra lo que ocurra, llegaré hasta el final. Sólo nido que Scotland Yard no llegue demasiado lejos antes de que yo termine mi tarea justiciera. Eso es todo.

—Usted se preocupa demasiado por cosas que no pueden suceder, profesor —dijo Jarkod, sacudiendo su fea cabeza—. Sabe que todo esto quedará en la impunidad.

—Escucha, Jarkod, amigo mío —habló con suavidad aquel hombre extraño y peligroso—, El hecho de que se descubriese demasiado pronto la naturaleza de estos sucesos, podría perjudicar su conclusión, porque la policía pondría sus medios para impedir que yo siguiera adelante con mi plan. Por eso, cuando al llevar a nuestro ejecutor a las proximidades del Westminster Hall, me dijiste que habías visto huir despavorido a aquel cochero, y recordaste que su coche era el 123, consideré que era mejor deshacerse de él, para evitar que su testimonio, sobre algo volador que atacaba a la actriz Priscilla Kelly, les diese a esos estúpidos policías una pista demasiado temprana. Confío ahora en que la muerte del cochero se atribuya a cualquier delincuente habitual, y no se relacione con la actriz muerta. Pero te repito que ese despliegue policial de ayer no me gustó nada.

—¿Por qué, profesor? —Rió grotescamente el monstruo—. Los policías son estúpidos...

—Tal vez, pero parecían saber muy bien lo que buscaban... y lo encontraron. Si eso fuese así, significaría que tienen una pista, que alguien en Scotland Yard sabe lo que se tiene entre manos. Y eso sería sumamente peligroso, si no para nosotros por el momento, sí para mis proyectos...

—Podría usted averiguar quién es el policía que sospecha algo y... ¡zas! —señaló su cuello con un gesto significativo—. Uno de «ellos», o yo mismo, nos podríamos encargar del tipo.

«Ellos» se mantenían inmóviles, como muertos, colgando boca abajo en sus soportes. El profesor llegó hasta sus peludos cuerpos y los acarició como si fuesen criaturas adorables. Los murciélagos gigantescos se agitaron con cierta satisfacción ante la señal de afecto de su amo y señor.

—No, Jarkod —rechazó el científico con sequedad—. No podemos perder tiempo en eso, ni demorar más los planes previstos. Quiero que esta misma noche, otra de esas mujeres caiga bajo el mordisco de mis fieles servidores. Dos de ellos están ya bien nutridos por unos días. Pero hay otros sedientos que ansían obtener su propia ración. No debemos hacerles esperar demasiado. Están enseñados para succionar, sangre humana, y eso es lo que a ellos les

complace.

—Sí, sí —se frotó las manos con fruición el horrible jorobado, centelleante de júbilo su ojo único—. ¿Quién será esta vez, profesor Novak?

—Esta vez,, una actriz llamada Abigail Prescott. Trabaja en el Old Vic..., en una obra shakesperiana. No debemos fallar, ¿entiendes, Jarkod? Iré a preparar luego un buen ramo de rosas rojas. Tú ya sabes lo que has de hacer.

—Claro, profesor. Subiré el embalaje para meter en él a nuestro amigo... —señaló a uno de los enormes murciélagos en reposo—. El vampiro tiene sed de sangre... ¡y va a quedar satisfecho muy pronto!

Saltando y riendo como un simio, Jarkod el jorobado abandonó la parte alta del torreón y dejó solo allí al profesor Bela Novak.

Este se quedó mirando la puerta por la que su servidor acababa de salir. Meneó la cabeza, con desaliento.

—Pobre imbécil... —murmuró—. Su cerebro es muy inferior al de cualquiera de estos murciélagos que yo he desarrollado... Tal vez pronto tenga que deshacerme de él para no crearme problemas. Es demasiado confiado, demasiado torpe a veces. Y quien le haya visto una vez, difícilmente podrá olvidarle. Sí, demasiado peligroso para mí. Si puedo terminar mi obra, quizá incluso pueda conservar la vida sin que esos malditos polizontes lleguen hasta mí para hacerme pagar mi trabajo en la horca Ellos no pueden comprender la ciencia, la investigación. Ni tampoco la venganza...

Y encaminándose a una puerta situada al fondo de la sala del torreón, tras una cortina rojo oscura, extrajo un manojo de llaves de su bolsillo, y fue hablando consigo mismo, siguiendo el hilo de sus pensamientos:

—La venganza... Sí, es lo único que rae queda por hacer ya. Es hacer justicia. Lo que ellos no quisieron ni pudieron hacer entonces... Las culpables de todo siguen ahí, llenas de vida... Todas ellas, mientras mi pobre Zeena,.. —Se le quebró la voz, una nube de amargura invadió su semblante, pero siguió monologando sordamente—: Zeena, mi amor.. ¿Por qué tuvo que ocurrirte a ti? ¿Por qué, malditas sean todas ellas? Sí todas ellas... Se quedaron llenas de vida, hermosas, felices, con una existencia por delante... Bien. Eso se ha terminado. Lo que la justicia no quiso hacerles, lo hago yo. ¡Yo estoy haciendo cumplir cada sentencia! Y así hasta el fin... Zeena, mi vida, serás vengada. Palabra. ¡Serás vengada! Ha caído ya Priscilla Kelly... Y Stella Wingate... Esta noche será Abigail Prescott... Luego, Sue Lennox, Lorna Twilling... Y la venganza se habrá consumado. ¡Lorna Twilling, maldita sea ella! Fue la peor de todas, la culpable principal... Por eso quedará para el final, hasta que el dogal del miedo la aprisione, cuando empiece a comprender que todas ellas, TODAS, han de morir por lo que le hicieron a Zeena, a mi pequeña y amada Zeena...

Giró la llave en la puerta. Empujó ésta con fuerza, y entró en la estancia sumida en penumbras. Apenas un leve resquicio de luz diurna se filtraba por una tronera en el techo.

Una mesa y un pesado sillón de alto respaldo le daban la espalda. Alguien

se agitaba en aquel asiento. El profesor Novak avanzó hacia allá lentamente, sin dejar de hablar, como si ahora dialogase va con alguien. Alguien sentado en el sillón...

—Zeena, mi amor... Aquí estoy, como cada día. Vengo a anunciarte una buena nueva. . Sí, mi vida, la mejor de todas. Otra de esas malditas ha caído... Esta vez fue Stella Wingate, ¿la recuerdas? La morena y bella Stella, la más provocativa de todas... Murió como Priscilla Kelly, sin saber quizá por qué moría, pero en el paroxismo de terror más grande que puede imaginar un ser humano. ¿Te imaginas lo que sentiría en esos breves segundos en que uno de mis vampiros amaestrados hincaba sus incisivos en la garganta, extrayendo hasta la última gota de su sangre? ¿Puedes suponer el horror, la agonía de esas mujeres jóvenes y hermosas, en la plenitud de la vida, viéndose atacadas por uno de ellos? Pues con todo su dolor y su agonía, con todo su sufrimiento, no pagarían ni la centésima parte de lo que ellas te causaron entonces a ti, en aquella maldita escuela de Marylebone, aquella terrible noche en que despedazaron tu vida y tu cuerpo todo, mi adorada Zeena, esposa mía...

Y con un ronco sollozo, se quebró la voz del profesor Bela Novak, al tiempo que rodeaba el sillón y se enfrentaba al ser allí acomodado.

Un ser que, si alguna vez fue una mujer, aquella Zeena Novak que él "mencionaba, nadie ahora hubiese imaginado que pudiese haber mucho de humano en aquel horror viviente.

Porque Zeena Novak, en estos momentos, era aquello que aparecía forzosamente inmovilizado en el sillón. Solamente aquello...

Una masa humana informe, un cuerpo de brazos y piernas retorcidos, llagados e inertes, colgando de un cuerpo abrasado, rugoso, sin forma, rematado por una horrenda cabeza en la que faltaban las orejas, la nariz, en la que no había cabellos, sino una superficie calva, de tersa piel brillante, sobre unos ojos que no veían, convertidos en dos globos grises y amorfos, entre párpados sin pestañas, bajo una frente sin cejas.

Sin manos, sin pies, salvo muñones. Con la boca convertida en un agujero descarnado, de dientes rotos y desiguales, con otro muñón oscuro como lengua. Se agitaba sin poderse desplazar. No podía oír ni ver. Y solo emitía gruñidos. Espantosos gruñidos que ni siquiera parecían humanos...

CAPITULO VI

Abigail Prescott era una mujer de algunos años más que Priscilla Kelly o Stella Wingate.

Además, ella había preferido seguir el teatro clásico, y ahora representaba a Shakespeare en el Old Vic. Nada menos que con una obra difícil y erizada de problemas para una actriz, como era La fierecilla domada.

Abigail Prescott se enteró demasiado tarde de la muerte violenta de Stella Wingate. Y eso fue lo peor para ella.

Porque lo cierto es que la muerte inexplicable de Priscilla Kelly no llegó a provocar en ella sospecha alguna. Pero lo de Stella ya fue diferente.

Aquella misma noche, cuando salió a escena, lo hizo bajo un fuerte shock que hizo su actuación menos brillante, más agarrotada. No podía concentrarse en el texto shakesperiano ni adoptar el aire burlesco de la farsa. Acababa de leer la noticia en un diario de la tarde, y todavía estaba bajo la demoledora impresión de lo publicado.

Stella Wingate también estaba muerta. Igual qué Priscilla. Dos antiguas compañeras del colegio de Arte Dramático, allá en Marylebone, años atrás. Dos entrañables amigas. Muertas del mismo modo. Por un medio diabólico, que la policía y la prensa no lograban entender del todo. Sin violencia. Pero con una señal incisiva en la garganta. Dos profundos orificios. Y ninguna sangre en sus venas.

Abigail Prescott era una mujer cerebral, inteligente y con memoria envidiable. Quizá por eso evocó, momentos pasados en el colegio de Marylebone, estudiando el arte de interpretar.

Sin saber por qué, relacionó mentalmente a sus dos amigas con otras cosas. Cosas que de repente parecían cobrar un extraño sentido. Evocó nombres y nombres...

Priscilla Kelly, Stella Wingate, ella misma, Susan Baker, la joven Sue Lennox, casi una niña... Y Lorna Saint John, ahora Lorna Twilling, esposa de un millonario. Sí, todas ellas formaron aquel grupo de alumnas aventajadas.

Pero había alguien más.

Alguien que era diferente a todas ellas. Alguien llamada... Zeena.

Sí, eso era. Zeena. Húngara Inteligentísima, culta, con madera de gran actriz, acaso la mejor de todas ellas. Zeena... ¿qué más?

Mientras recitaba a Shakespeare, Abigail trataba de recordar el apellido. Estaba casada con alguien. Alguien llamado... Novak.

¡Eso era! Novak.

Un profesor de Universidad en Hungría. Bela Novak, o algo así. Zeena Novak quería ser actriz. Podía serlo. De las mejores. Estudiaba con ellas. Y su marido, entretanto, investigaba. Zeena hablaba de esas investigaciones muchas veces.

Estudiaba el comportamiento de los quirópteros. ¿Qué eran ésos? Ah, sí.

Murciélagos. Y creía estar en camino de descubrir algo que pudiese acelerar el crecimiento celular de los animales. Extrañas investigaciones las de Novak. Zeena parecía muy orgullosa de él. Y a veces, también, algo más que orgullosa. Temerosa, quizá preocupada. Asustada, tal vez.

Ellas... Zeena... La Escuela de Arte Dramático... y Novak.

Un rompecabezas alucinante donde las piezas empezaban a encajar. Abigail Prescott, de pronto, se quedó callada en plena escena. El primer actor la miró, angustiado. El público esperó, en prudente silencio. La pausa se hizo penosa.

Alguien tuvo que apuntarle la frase en voz baja.

Algo insólito en ella. Pudo salir del bache y salvar la situación. Pero esta noche, la representación fue fría, desangelada. Los tibios aplausos del final, corroboraron esa impresión negativa.

—¿Qué te sucede, Abigail? —le espetó el director escénico, cuando iba hacia su camerino—k ¿Quieres arruinar la temporada?

No le contestó. Se encerró en su camerino con un portazo. Tomó papel y pluma, sin siquiera haberse desvestido. Comenzó a escribir precipitadamente. Luego, irritada, tiró el escrito sin concluir a la papelera. Y se puso en pie, comenzando a vestirse con rapidez.

—Señorita Prescott, un ramo de flores de un admirador... —dijo una voz, tras la puerta—. ¿Puedo pasárselo?

—¡No quiero flores! —clamó ella, irritada—. ¡Lléveselas, Bradley!

—Pero..., pero ¿qué hago ahora con ellas? Acaban de traerlas...

—¡Devuélvaselas a quien las trajo! ¡O arrójelas a la basura! ¡No deseo una sola flor!

Bradley, el traspunte, se alejó. Abigail terminó de vestir ropas de calle y salió presurosa, encaminándose a la salida. Habló consigo misma, mientras cruzaba el ya vacío escenario:

—Es mejor esto que escribir carta alguna —dijo—. Visitaré Scotland Yard, e informaré a la policía. Puede que piensen que estoy loca, pero es mejor así. Les convenceré de que eso puede explicar muchas cosas...

Cuando alcanzó el exterior, Bradley estaba devolviendo un hermoso ramo de rosas rojas a un muchacho de una floristería, y éste parecía aturdido, tomándolas y comenzando a alejarse.

Abigail Prescott se encaminó a un carruaje de punto con paso firme y presuroso, subió a él e indicó con voz enérgica:

—Cochero, a Scotland Yard, en seguida.

El vehículo se alejó con rapidez en la noche

De las sombras, frente al teatro, emergió una figura monstruosa. Se quedó pensativo, con gesto contrariado. Contempló al carruaje que se distanciaba, rodando sobre el empedrado.

—No hay tiempo de avisar al profesor —jadeó el jorobado ser oculto hasta entonces en las tinieblas—. Esa maldita mujer va a ver a la policía... y ha rechazado las flores. ¡Tengo que hacer algo, pero sospecho que es preciso

evitar que hable con nadie!

Jarkod, rápidamente, tomó su decisión. Se precipitó hacia un cercano lugar, donde esperaba parado un carruaje sin conductor, con una oscura caja depositada atrás. Jarkod puso en marcha el vehículo, saltando simiescamente al pescante. El coche partió a toda velocidad, tomando todos los atajos posibles para adelantarse en su carrera al vehículo que transportaba a Abigail Prescott hacia el centro policial,

Jarkod logró ganarle unas manzanas de delantera al vehículo de alquiler ocupado por la actriz. Cuando llegó a las proximidades de Scotland Yard, por el punto por el que forzosamente había de llegar el carruaje de la Prescott, todavía no era visible el mismo.

El jorobado respiró hondo, saltando de su vehículo y tomando consigo un envoltorio, del que extrajo un considerable montón de flores. Eran también rosas rojas de gran belleza.

—Rechazó las que le hice enviar tras aplicar al ramo el potenciador de aromas del profesor. Pero tiene que tener éstas... o todo se echará a perder.

Esperó el carruaje a dos manzanas de Scotland Yard, en el punto más oscuro y solitario. La niebla le ayudaría quizá, aunque la proximidad de las luces y de los agentes que montaban guardia a la puerta del centro policial, lograban ponerle nervioso.

Finalmente, el carruaje apareció al fondo de la calle, rodando a buena marcha. Jarkod se dispuso a jugarse el todo por el todo. Esperó agazapado, y cuando el carruaje estuvo a su altura, saltó como un simio, cayendo limpiamente en el pescante, al lado del cochero.

Este, al volverse y ver a la luz de un reflejo de gas la presencia espantable del monstruoso jorobado, exhaló un ronco grito de horror. Inmediatamente, Jarkod descargó su puño salvajemente sobre su sien, y le derribó en seco. Lo arrojó al suelo del pescante, y tomó las riendas, mientras dentro del vehículo la viajera golpeaba el tabique.

—¿Qué ocurre, cochero? —preguntó Abigail, alarmada.

—Nada, señora, no se preocupe —respondió Jarkod con voz natural—. Me asustó un maldito perro, eso es todo. Ya estamos llegando...

Pero Jarkod desvió el carruaje en la esquina inmediata, alejándose un poco de Scotland Yard. Lo aproximó al suyo propio, parándolo al lado. Abigail se dispuso a bajar, pero desde el pescante Jarkod advirtió:

—No, espere, señora. No hemos llegado aún. Un carruaje nos cierra el paso. Bajaré para que se aparte...

—Vamos, dese prisa —se impacientó ella, tratando de mirar por las ventanillas, a través de la densa bruma—. Me pareció que estábamos ya muy cerca de Scotland Yard...

—Oh, sí que lo estamos. Un par de manzanas, y listo —rió Jarkod, saltando del carruaje.

Pasó al suyo propio, no sin antes rematar al cochero con un terrible impacto de su recia mano sobre la nuez del infortunado, que pasó en ese

instante de la vida a la muerte, apenas con un levísimo espasmo.

El horrible jorobado tomó el manojo de rosas, arrojándolo bruscamente dentro del carruaje donde viajaba la actriz, al tiempo que gritaba:

—¡Tome, señora, alguien dejó aquí en medio todas esas hermosas flores!

Abigail, materialmente inundada por más de un centenar de rosas rojas, no atinó a hacer nada, y las intentó apartar de su regazo, del asiento, de sus brazos, al tiempo que pretendía asomar a la portezuela para poner en claro de una vez tan extraños sucesos.

En ese momento, algo que Jarkod había liberado de dentro de un negro cajón, aleteó en la bruma, guiándose por el olfato y por el peculiar sentido de orientación que poseen los quirópteros.

Aquellos gigantescos vampiros, estaban entrenados para seguir un determinado olor en la noche: el de las rosas rojas.

Con un raro chirrido, el animal agitó sus membranosas extremidades, planeando hacia el carruaje, contra cuya ventanilla lateral se estrelló, destrozando el vidrio, y penetrando en el interior a viva fuerza.

Su cuerpo velludo y viscoso cayó sobre la horrorizada Abigail Prescott, que emitió un agudo grito de terror, agitándose en la oscuridad angosta del vehículo, en un" vano empeño por huir de la muerte.

—¡El vampiro! —Aulló—, ¡No, Dios mío, auxilio...!

Pero nadie podía auxiliarla ahora. Jarkod, allá fuera, no esperó los resultados de la agresión del alado monstruo. Sabía muy bien que, tras saciar su horrible sed de sangre, los gigantescos vampiros del profesor Novak estaban entrenados para volver sin dificultad a su madriguera, al- otro lado del río.

Dentro del vehículo, una lucha titánica v alucinante tenía lugar. El carruaje oscilaba sobre sus ballestas, zarandeado por el esfuerzo atroz de la infortunada mujer, en pugna con aquella bestia alada que la envolvía entre sus membranas viscosas, mientras inexorablemente una cabeza peluda, maligna, se aproximaba a su cuello, un vaho hediondo la invadía... y, finalmente, unos colmillos agudos y fríos, de pegajosa saliva babeante, se hincaban en su carótida, llegando al surco vital de su sangre.

Esta vez, el grito de la actriz fue estremecedor, terrible. Sus esfuerzos cedieron, a medida que la sangre v la vida abandonaban su cuerpo.

Cuando todo terminó allí dentro, el carruaje de Jarkod estaba lejos. Y el vampiro, batiendo sus alas, salió rápido del vehículo, lanzándose en vuelo rápido hacia las alturas, satisfecha su voracidad, de regreso al hogar.

Dentro del coche, yacía el cuerpo desangrado de Abigail Prescott, con sus venas vaciadas, con el horror y la agonía reflejados en su rostro.

Los vampiros amaestrados y gigantescos del profesor Novak habían cobrado ya su tercera víctima.

Y esta vez, frente por frente al propio Scotland Yard.

* * *

—¡Frente a Scotland Yard, sí, señor! ¡Es el colmo de la osadía, de 1a audacia! ¡Ese criminal debe de estar rematadamente loco para obrar así!

El estallido de ira del inspector McDermott tenía trazas de no parar. Paseaba arriba y abajo, dominado por la ira, mientras sus subordinados asistían a la escena en medio de un prudente silencio.

Larry Denham fue el primero en romper ese mutismo, cuando McDermott llevaba unos segundos sin emitir rugidos de rabia.

—El criminal en sí, no sé. Pero quien lo dirigió, sí debe de estar totalmente loco.

—¿Eh? —McDermott le miró con sorpresa y disgusto—, ¿Qué quiere decir con eso, Denham? ¿Ya se le ha ocurrido alguna otra genialidad? No me haga recordar que esta tarde se ausentó de aquí sin mi permiso, alegando un dolor de cabeza, para irse a mosconear a la Morgue, y molestar luego a un caballero como Claude Arnold...

—Lo siento, señor. Tenía que hacerlo.

—¡Tenía que hacerlo! —bramó McDermott, enrojeciendo—. ¿Por qué, Denham, por qué? ¿Quién se cree usted que es?

—Nadie, señor. Usted no ha querido oírme antes, pero este último crimen prueba ya una parte de mis teorías.

—¿Sus teorías? ¿Cuáles?

—Esta tarde se lo dije al señor Arnold. El pareció escéptico, pero tuvo que convenir conmigo en que eso lo explicaría casi todo.

—¿Qué es lo que explicaría casi todo? —le replicó con sarcasmo el inspector.

—Los vampiros.

—¿Los... qué? —rugió McDermott, enrojeciendo más aún, y mirando a Denham como si éste le estuviera tomando el pelo.

—Los vampiros, señor —repitió apaciblemente Larry, con su mejor sonrisa—. No hay otra explicación.

—Dios mío, lo que me faltaba —se llevó el inspector las manos a la cabeza—. Ahora me sale usted con que esas muertes las causan los muertos que salen de sus tumbas a medianoche, y succionan la sangre de sus víctimas...

—No, señor. Usted confunde ciertos términos ahora.

—¿Qué términos, Denham? —McDermott parecía a punto de perder su ya escasa paciencia.

—El de los vampiros. Yo no hablo de cadáveres que salen del ataúd.

—¿Ah, no? ¿Qué son, entonces, los vampiros?

—Los que han dado ese nombre a los supuestos vurdalaks o No-Muertos de Centroeuropa, señor. Los auténticos vampiros no son sino unos miembros de la familia de los murciélagos. Aquellos que succionan la sangre a los animales o personas a quienes atacan.

—¿Vampiros en Londres? ¿Murciélagos asesinos en plena calle? Denham,

usted delira.

—No, sentar. Se pueden amaestrar. Se les puede enseñar a atacar, a matar. Son mamíferos y, como tales, asequibles a una enseñanza adecuada.

—Denham, usted no sabe lo que dice. Esos orificios no los causó un animalito como un murciélago, ¿entiende? Son dos largas púas, dos pinchazos profundos y anchos...

—Existe la posibilidad de una especie gigante de vampiros.

—Oh, claro. Y también existen las varitas mágicas y las hadas, y el hombre-lobo... ¡Denham, estoy pensando en enviarle a usted de nuevo a Bradford, para librarme de usted y de sus chifladuras!

—Inspector, el señor Arnold y la señorita Wingate oyeron el aleteo de algo sobre sus cabezas. Luego, algo rompió el vidrio de la sala de los Twilling, y atacó a Stella Wingate. Lo mismo que rompió el cristal del carruaje donde la señorita Prescott ha aparecido muerta esta noche, frente a Scotland Yard. Ese algo tuvo que ser un vampiro gigante; Estoy seguro de ello.

—Y esos vampiros gigantes, salidos acaso de la prehistoria, son tan inteligentes que les basta ver a una actriz para atacarla. ¿Por qué? ¿Tiene algo especial la sangre de actriz, Denham?

—Inspector, me he permitido de nuevo abusar del laboratorio de este centro... y pedí en su nombre un análisis...

—¿Qué? —estalló McDermott, volviendo a enrojecer—. ¿Usted hizo eso otra vez?

—Sí, señor. Y de veras lo lamento, pero... lo creí imprescindible y urgente.

—Muy bien —el sarcasmo asomó peligrosamente al tono del inspector—. Usted lo creyó imprescindible y urgente, y dio trabajo especial al laboratorio. Trataré de ser paciente una vez más. ¿Para qué, Denham?

—Para que analizasen un puñado de rosas, inspector.

—¿Analizar... rosas? —la ira empezaba a asomar de nuevo a la faz de McDermott.

—Sí, inspector. Aquí está el resultado del análisis —lo extrajo de su bolsillo y, justo cuando el inspector iba a tomar el papel y hacerlo pedazos, añadió, rápido—: Puede leer ahí que esas flores han sido alteradas químicamente, «para que despidan un aroma especialmente intenso, que las rosas normales no tienen, y cuyo objetivo podría ser bien el señuelo para alguien capaz de oler a distancia ese aroma y sentirse atraído por él». Vea, son palabras del propio laboratorio, en su informe. Un murciélago puede ser atraído por ese olor, ya que se guía por simple instinto. Y quien lleve esas flores consigo... muere. Recuerde, inspector: flores en manos de Priscilla Kelly, flores en el vestido de Stella Wingate... y flores, muchas flores, dentro del carruaje de Abigail Prescott.

McDermott boqueó. No supo qué hacer ni qué decir. Se quedó mirando fijamente a Larry Denham. Luego, tomó el papel del laboratorio y leyó el informe en silencio. Poco a poco, su congestión cedió, e incluso se tornó pálido.

Extrañamente sereno, miró a los demás subordinados que seguían en temeroso silencio, clavó al fin sus ojos en Larry, y le invitó, seco:

—Denham, entre en mi despacho. En seguida.

—Sí, señor —asintió Larry, respetuoso, siguiendo al superior.

La puerta se cerró tras ellos. Larry permaneció en pie. McDermott rodeó su mesa de trabajo. Luego, señaló un asiento frente a él.

—Siéntese, Denham —invitó—. Creo que le he minimizado durante este tiempo. Ahora, expóngame TODAS sus teorías. ¿Entendido? Absolutamente todas.

—Sí, señor —sonrió, más aliviado, Larry Denham.

CAPITULO VII

El camerino de Abigail Prescott permanecía tal y como lo dejara ella al ausentarse por última vez,

Bradley, el traspunte, asintió, a las preguntas de McDermott y Denham.

-—Sí, señores —afirmó—. Trajeron un hermoso ramo de rosas rojas, pero la pobre señorita Prescott las rechazó, airada. Parecía tener prisa per ir a alguna parte, no sé... Recuerdo que se las devolví al chico de la floristería, que comentó algo así como que nunca habían olido tan fuertemente las rosas de la tienda... Eso fue todo.

—De modo que el chico se llevó consigo esas rosas otra vez...

—Sí, inspector. Eso fue lo que ocurrió.

—Está bien, gracias. Puede irse. Examinaremos esto un poco —indicó el inspector. Y una vez ausente Bradley, ambos policías cambiaron una mirada —. ¿Qué le parece, Denham?

—Obviamente, el que envió esas flores vigilaba afuera. Debió aplicarle al ramo, cuando lo eligió en la floristería, el perfume artificial que atraería al vampiro. Entonces, al rechazar Abigail Prescott las rosas, tuvo que actuar de otro modo. Atacó al cochero, le mató, y sin duda arrojó dentro otras rosas que ya tenía preparadas para casos así. Dando suelta al monstruo y huyendo él, todo está hecho.

—De suceder así, ¿cómo regresaría el vampiro gigante a su madriguera?

—Recuerde que tienen un pasmoso instinto de orientación, inspector. Y sobre lodo, si se les educa e instruye, pueden hacer cualquier cosa. Tal vez sepa muy bien adónde regresar, sin necesidad de que nadie lo conduzca.

—Cielos, ¿adónde, me pregunto yo?

—Si el que encargó esas flores es un jorobado tuerto y cojo, hay noventa y nueve probabilidades entre cien de que su madriguera no esté lejos de un sitio donde se trabaja habitualmente con cal y yeso.

—Oh, la cal v el yeso... Ya lo había olvidado —le miró perplejo—. ¿Usted nunca olvida ningún detalle, Denham?

—Los que son vitales, no. Por pequeños que sean, siempre significan algo. Si ese jorobado reside cerca de un lugar donde el suelo tiene manchas de cal y yeso, es que allí mora también el vampiro o vampiros.

—¿Vampiros? ¿En plural?

—Sí, sospecho que son varios, inspector.

—¿Por qué supone eso? —se estremeció el policía.

—Hay una razón para pensarlo. Un solo vampiro no podría engullir tanta sangre humana, noche tras noche. Quienquiera que amaestre a esos monstruos, lo hace con varios a la vez.

—¿Y el tamaño gigantesco...?

—No sé aún. Pero si un químico logra una sustancia para atraerlos a unas flores, ¿por qué no pensar que también existen medios de hacerlos crecer?

—Sí, es una posibilidad, pero...

—Eh, inspector, mire lo que hay aquí —se agachó Larry, tomando un papel arrugado que reposaba en el fondo de una papelera del camerino. Lo desplegó—. Alguien empezó a escribir aquí una carta. Es letra de mujer. Y de mujer culta. Abigail Prescott lo era.

Extendió el papel. Leyó en voz alta Larry:

—«A la policía: Estoy asustada. Tengo miedo. Sé por qué murieron Priscilla Kelly y Stella Wingate. Y me temo que yo pueda seguirlas en cualquier momento. Todas peligramos, si es cierto lo que me temo. Porque todas estuvimos aquella noche en la Escuela de Arte

Dramático, cuando Zeena Novak y Lorna Twilling comenzaron aquel siniestro juego y...»

Se interrumpió. McDermott le miró, esperanzado. Larry meneó la cabeza.

—Aquí termina el mensaje —dijo.

—Cielos, qué lástima —se quejó el inspector.

—Sí, una gran lástima —asintió Larry lentamente—, Abigail debió pensar entonces que era mejor acudir en persona a Scotland Yard, en vez de enviar esta carta. La idea era buena, pero... resultó mal. La muerte estaba ya demasiado cerca.

—¿Qué se puede sacar en limpio de ese mensaje, Denham?

—Algunas cosas, inspector. ¿Cuáles cree usted?

—Fundamentalmente, que se confirman sus teorías, amigo mío. Todas eran actrices y corrían peligro. La razón estriba en algo que ocurrió allí, en esa escuela de Arte Dramático, sin duda hace años...

—Exacto, inspector. Pero tenemos algo más.

—Sí, ya sé a lo que se refiere. Un nombre nuevo: Zeena Novak. No había oído hablar de una actriz con ese nombre.

—Yo tampoco —Larry enarcó sus cejas—. Pero aquí también menciona a otra persona: Lorna Twilling. Entonces, Lorna Saint John. Creo que nadie mejor que ella pueble aclararnos lo que ahí quiso decirnos la infortunada Abigail Prescott...

* * *

Lorna Twilling estrujó sus manos nerviosamente. Miró a sus visitantes con cierta expresión de angustia en el fondo de sus oscuras e inteligentes pupilas.

—Dios mío... —susurró—. Ahora ha sido Abigail...

—Si —afirmó McDermott—. Y mañana puede ser usted, o cualquier otra. Parece que son todas actrices las señaladas por la Muerte., ¿Va a explicarnos la razón, señora?

—¿Yo? —mostró su nerviosismo ella ostensiblemente—. ¿Por qué precisamente yo, inspector?

—Se lo voy a decir. Porque usted es la única persona que nombró Abigail en una carta, antes de morir —terció Larry Denham vivamente—. Usted... y

Zeena Novak.

Vigilaban ambos muy atentamente a su anfitriona, cuando Larry lanzó el nombre desconocido. La vigilancia no resultó inútil.

Lorna palideció intensamente. Sus ojos mostraron casi terror, y parpadeó, con un estremecimiento claramente ostensible.

—Dios mío... —susurró.

—Señora Twilling, usted sabe quién es Zeena Novak. Usted sabe muy bien lo que ocurrió entonces. Para Abigail Prescott, eso fue la causa de todo —apoyó Mc- Dermott.

—Pero... ¿por qué? —jadeó—. ¿Qué sentido tendría todo esto?

—Eso es lo que nosotros debemos averiguar. Su deber, señora, es informarnos de cuanto sepa. Antes de que sea demasiado tarde, y otras personas sigan en su funesto destino a la infortunada serie de muchachas muertas hasta ahora.

Lorna Twilling estaba bajo un fuerte impacto emocional. Caminó hasta una butaca y se dejó caer en ella, exhalando un suspiro de cansancio. Al apoyar las manos en los brazos del mueble, le temblaban intensamente.

—Es el pasado —dijo con voz ronca—. Creí que nunca volvería...

—El pasado acostumbra a volver, incluso cuando lo creemos más enterrado —dijo despacio McDermott—. Por favor, señora, necesitamos esos datos, lo que usted sepa del asunto. Sabe que es cosa de vida o muerte.

—Está bien —musitó Lorna, apagada—. ¿Qué quieren saber?

—Todo. Todo lo que usted sepa, por nimio que le parezca —insistió Larry Denham.

—Bien. Entonces, escuchen... —Lorna tomó aliento, antes de comenzar su relato—. Todo sucedió hace seis años, el último en que estuvimos estudiando en la Escuela de Arte Dramático... El edificio de ahora es nuevo, reconstruido. El anterior fue pasto de las llamas, cuando el incendio de aquella noche devastó su vieja construcción.

—¿Un incendio?

—Si —suspiró bajando la cabeza—. Provocado.

—¿Provocado? ¿Por quién?

—Por nosotras. Fue una locura. Pero ocurrió así, todas fuimos culpables. Aunque la mayor responsable... fui yo.

—¿Puede aclararme eso?

—Sí, claro que puedo. Se trataba de un simple juego. Pero llegó demasiado lejos. Habíamos cruzado una apuesta. Con Zeena Novak.

—¿Quién era ella?

—Una húngara muy sensible, inteligente y culta. Quería ser actriz, Y lo iba a lograr. Era realmente genial. Muy superior a todas nosotras. Estaba casada con un húngaro, un profesor de química y biología.

Se miraron vivamente McDermott y Denham, pero nada dijeron. Luego, siguió ella:

—Zeena aseguraba que era capaz de soportar el fuego, de poder salvar las

llamas, sin quemarse. Era cosa de ponerse en trance y pasar a través del fuego. Nos reímos de eso, y decidimos gastarle una broma. La idea fue mía. Y yo prendí fuego al dormitorio de ella. Estábamos en régimen de internado por entonces. Sólo quise asustarla, ver si era capaz de fanfarronear menos. Pero al quemar unos muebles viejos, no pensé en que la propia vejez de la casa, su madera seca y medio podrida, prendería como yesca. Lo cierto es que ardió todo... y que Zeena quedó dentro, aprisionada por las llamas. Oímos sus gritos de horror, sin poder hacer nada por ayudarla. Yo, aterrorizada, escapé. Nadie me vio al menos en dos años. Estuve oculta, temiendo ser acusada de asesinato. Supe que el profesor Novak había sabido lo sucedido, y que recogieron una Zeena Novak agonizante, abrasada, hecha algo irreconocible. Pero Novak se la llevó consigo, desapareciendo con ella del hospital donde estaba internada. Nunca más supo nadie de ellos dos. Yo, menos que nadie.

—¿Cómo pudo volver? —McDermott la miró, pensativo—. Yo no era entonces policía. No sabía nada sobre ese suceso, señora Twilling.

—Regresé, presentándome a las autoridades y aceptando mi responsabilidad. Ale condenaron por negligencia criminal, pero un buen abogado logró reducir esa pena, y luego salí antes de lo previsto, por buena conducta. Así fueron las cosas. Conocí a Vincent, mi actual esposo, dejé el teatro, al qué había pensado volver..., y todo pareció quedar atrás.

—¿Cree que Zeena Novak sobrevivió, pese a todo?

—Lo dudo. Me dijeron que había sufrido mutilaciones espantosas. Si existiera, sería algo muy parecido a un monstruo. Pero su marido tenía fama de genio en la investigación científica, aunque era un hombre que mezclaba la ternura con la crueldad y la rudeza más increíbles. Zeena parecía asustada a veces como si temiera a su esposo.

—Y, desde luego, su aseveración de ser capaz de cruzar el fuego... resultó falsa —dijo Larry, pensativo.

—Sí, desde luego —asintió ella, amargamente—. Debimos comprender que alardeaba de algo que no era cierto. Que nuestra actitud era un error, una salvajada. Pero la juventud nos hizo ciegas a toda responsabilidad.

—¿Recuerda usted cómo era- físicamente Zeena Novak? —era Denham quien hacía la pregunta, con cierta brusquedad.

Lorna se volvió a él, mirándole sorprendida por la pregunta.

—Pues... es difícil decirlo —trató de evocar, sin duda, entornando sus ojos —. Era, desde luego, una belleza morena, como Stella Wingate o como yo. Alta también, arrogante, con una capacidad increíble para cambiar su tono de voz para adoptar gestos diversos.. Creo que hubiera sido una gran actriz, algo genial. Lástima, Dios mío, de aquella locura... A veces, todavía sueño con aquella terrible noche. Es mi mayor castigo: la tortura, el remordimiento, el recuerdo latente..

—No debe torturarse tanto, señora —suspiró McDermott, incorporándose —. Creo que fue todo el producto de una insensatez propia de la juventud. Otra cosa sería que hubiese existido una intención, una mala fe... Créame,

amiga mía: no se atormente más. Usted ya pagó ante la ley.

—Pero no ante mí misma.

—No se preocupe por eso. Piense que, de no saber nosotros todo eso, usted peligraría también ahora. Y ése sí sería un terrible castigo, señora —habló Denham—. Porque o mucho me equivoco, o el profesor Novak existe... y está llevando a cabo una terrorífica venganza, en nombre de su esposa...

* * *

—¿La Southwark? ¿Usted cree que es allí?

—Sí, inspector. Es allí. Estoy seguro.

—¿Por qué?

—El jorobado llevó al cochero O'Leary a un lugar cercano a donde reside su amo, el profesor Novak, estoy seguro de ello —afirmó Denham, vivamente —. Que busquen por esa zona, pero sin despertar sospechas. Que localicen una empresa donde trabajen en cal y yeso, y tenga a poder ser un patio cercano a algún edificio ocupado por gente misteriosa o huraña. Si dan con ese lugar, creo que habremos hallado la madriguera de los murciélagos, inspector.

—¿Y una vez hallada...?

—Habrá que atacar —dijo Denham, sereno—. Pero entretanto, hemos de vigilar a las personas que aún peligran.

—La señora Twilling ya está vigilada. Le he puesto tres policías en la casa, y todos armados, Denham.

—Muy bien. En ese caso, yo me ocuparé personal mente de otra persona que presiento peligra mucho en esos momentos.

—¿Y esa persona es...?

—Sue Lennox, la más joven y más bonita de todas las antiguas alumnas de aquella Escuela de Arte Dramático en Marylebone...

CAPITULO VIII

Jarkod detuvo el carruaje frente al pequeño teatro de vaudeville. Lo situó donde pasaba virtualmente desapercibido en una esquina junto a un muro de ladrillos saliente. Dentro del vehículo, una caja negra esperaba cumplir su siniestro papel cuando fuese noche cerrada y la víctima estuviera a punto.

Dentro de la caja, se percibía de vez en cuando un sordo, siniestro aleteo. Pero nadie lo hubiera notado, porque el jorobado no permitía que nadie se aproximase al carruaje herméticamente cerrado.

Rió, contemplando el edificio oscuro del viejo teatro. La obra que se representaba tenía un nombre absurdo y frívolo. Entre sus intérpretes, casi todos del sexo femenino, aparecía un nombre que hizo repetir la risa sardónica al deforme personaje: Sue Lennox.

Era la dama joven de la formación teatral que actuaba en el teatrillo de género frívolo. La inmediata víctima de la venganza de Bella Novak...

Jarkod era un hombre paciente. Sabía esperar. Se metió en el carruaje y esperó. Había que esperar a que la obra terminase. Entonces sería llegado el momento...

* * *

Larry Denham aplaudió con entusiasmo el mutis de la joven actriz de rojos cabellos. Había sido una escena graciosa y llena de picardía, que la muchacha representó deliciosamente bien, con una ingenuidad y gracia insuperables. Todo el público aplaudía junto con el joven policía.

Este se incorporó, pese a que la representación aún no había terminado, y faltaba la escena final. Se encaminó a unos cortinajes laterales que comunicaban la platea del teatro de vaudeville con el corredor de acceso al escenario. Un empleado le negó el paso, pero él mostró su credencial, y el hombre no puso la menor objeción, limitándose a hacerse a un lado.

Larry pasó al escenario, sin ver a la joven actriz por parte alguna. Preguntó a un tramoyista, y le indicó que posiblemente estaba ya en su camerino, puesto que había terminado su actuación en la obra. Larry se encaminó hacia una escalera ascendente que le indicaron, y subió presuroso los peldaños de metal.

Estaba ya en la planta alta, cuando vio al muchacho golpeando la puerta de un camerino. Era un joven de unos dieciocho años, portando un bellísimo ramo de rosas, rojas como el carmesí. Rápido, Larry se precipitó hacia él, sujetándole con fuerza por el brazo, justo cuando la muchacha abría la puerta.

—¡Señor Denham! —Exclamó vivamente, abriendo sus ojos con asombro —. ¿Usted aquí? ¿Qué es lo que está haciendo?

—Espere un momento, Sue —habló rápido Larry, sin soltar al amedrentado mozo. Miró a éste, ceñudo y le plantó su credencial ante los ojos

—. Scotland Yard, muchacho. Se trata de investigar varios asesinatos. ¿Quién te envió a entregar esas rosas?

—Pues..., pues... —el muchacho, intensamente pálido, le miró con temor—. Fue un encargo de la floristería cercana... Yo..., yo me limité a traerlo aquí, a la señorita Sue Lennox...

—¿De parte de quién? —le apremió Larry.

—De..., de un cliente. El escogió el ramo, lo pagó y dio la tarjeta de su destinataria... Es lo habitual, señor... No hice nada malo, se lo juro.

—¿Podrías describirme a ese caballero?

—No..., no, es difícil, señor... — tragó saliva el muchacho—, Era raro... Dijo que lo hacía de parte de su amo... Que él era sólo un mayordomo... Un extraño mayordomo, señor... Deforme, jorobado, con un solo ojo..., y cojeaba pronunciadamente. Era horrible. Pero pagó bien...

—Y supongo que se entretuvo contemplando las rosas, acariciándolas acaso...

—¡Justamente, señor! —Se sorprendió el mozo—. ¿Cómo puede saberlo?

—No importa —Larry aspiró el fuerte aroma de las rosas. Era tan intenso, que resultaba artificioso. Estuvo seguro de cuál era la razón—. Deja esas rosas aquí, mu-chacho. Es todo.

Le dio una moneda de propina, soltó al joven, y éste se apresuró a escapar, balbuceando excusas. Larry le vio partir, y mirando a Sue con rapidez, le advirtió:

—Por nada del mundo se quede con estas flores, señorita Lennox. Ni acepte rosas rojas de nadie. Son un instrumento de muerte, aunque no lo crea. Eso sirvió para matar a sus compañeras Priscilla Kelly, Stella Wingate y Abigail Prescott.

—Dios mío... —susurró Sue, palideciendo angustiada—. ¿Qué quiere decir?

—Que hay un monstruo suelto por ahí, aniquilando a todas las que formaron parte del grupo de estudiantes de aquella noche en Marylebone, cuando Zeena Novak se abrasó entre las llamas... ¿Lo recuerda?

—Zeena... —Sue retrocedió, con gesto de repentino horror—. Cielos, creí que todo eso se había olvidado... Yo no llegué a intervenir en ello, intenté incluso evitar que Lorna Saint John renunciara a su broma... Pero no fue así, y todo lo ocurrido resultó espantoso... Pobre Zeena. Nadie pudo hacer nada por ella. ¿Qué tiene que ver ella con todo este horror?

—Más de lo que imagina —tuvo una corta vacilación Larry. Luego, oprimió con fuerza una mano de la joven, la miró a los ojos y manifestó—: Me ha gustado usted mucho en su actuación, señorita Lennox. Quisiera poderla felicitar más ampliamente..., pero me temo que alguien puede vigilar, y ver salir a ese muchacho despavorido de aquí. Volveré pronto, si todo va bien. No se mueva de aquí, no vaya a ninguna parte, señorita Lennox.

—Como diga, Denham..., pero llámeme solamente Sue —sonrió ella, entre halagada y preocupada—. Somos jóvenes ambos, ¿no es cierto?

—Cierto, Sue —asintió él, alejándose presuroso—. Y yo, seré solamente Larry, ¿entendido?

—Sí, Larry... —fue lo último que oyó, antes de salir rápidamente al escenario, cruzarlo tras el decorado, mientras el telón caía y el público acogía el final de la obra con aplausos.

Salió a la calle..., justamente cuando Jarkod tenía aterrado al repartidor de flores y parecía dispuesto a sacarle la verdad bajo la amenaza de una navaja centelleante.

Esto sucedía al otro lado del callejón, junto a un muro de ladrillo, en la brumosa noche londinense. Los agudos ojos de Larry Denham captaron inmediatamente la violenta escena.

También Jarkod lo captó, soltando rápido al mozo, y enfrentándose a Larry, navaja en mano. El repartidor de flores se apresuró a alejarse a la carrera, sin poder entender nada de lo que sucedía.

—Bien, ya nos encontramos, ¿eh, amigo? —silabeó Larry, la mirada fija en el monstruoso ser que le esperaba, con la hoja de acero en ristre—. Ha sido una ardua búsqueda...

—Apártese, maldito sea —jadeó el jorobado—. Le mataré, bastardo...

—¿Cómo? ¿Con esa navaja, o con el vampiro amaestrado? —rió Denham duramente, manteniéndose alerta trente al temible individuo cuyo único y maligno ojo se clavaba en él, con una helada luz homicida.

—Lo sabe todo, ¿eh? —silabeó Jarkod, furioso, tirándole un tajo que Larry eludió, aunque sintió el zumbido de la hoja al hender el aire, sin tocarle—. No saldrá vivo de aquí...

—Veremos, amigo, veremos —y tras eludir otro golpe de la navaja, Larry logró disparar su puño sobre el antebrazo armado del monstruoso ser, y éste, con un aullido, vio cómo su navaja se perdía, rebotando en el empedrado, lejos de su alcance.

Apenas se vio desarmado, y Larry Denham se movió hacia él resueltamente, dispuesto a reducirle como fuese, el giboso Jarkod abrió la portezuela del carruaje, extrajo un puñado de flores rojas, y las arrojó sobre Larry, a quien rodearon las rosas por el suelo, cuando ya Jarkod abría la tapa de la negra caja hermética y gritaba con voz aguda, estridente:

—¡Ataca! ¡Ataca, pronto! ¡Ve a por él! ¡Su sangre calmará tu sed...!

Una forma alada, monstruosa, de vello gris oscuro, batiendo sus membranosas extremidades, se precipitó sobre Larry Denham, repentinamente paralizado por la rapidez de acción del- jorobado.

Tal vez hubiera caído el gigantesco murciélago sobre su cuello, con los incisivos centelleando como dos afiladas púas marfileñas, ávidas de sangre, de no restallar en ese momento los estampidos de arma de fuego en el callejón.

Gritó Jarkod, agitándose espasmódicamente cuando las balas le alcanzaron en el instante mismo de intentar recuperar su navaja. Cayó de bruces, debatiéndose en el empedrado negro y húmedo, mientras otras balas alcanzaban la figura voladora, en el momento en que ésta planeaba,

amenazadora y cruel, sobre el indefenso Larry Denham.

Los chirridos agudos del amedrentado vampiro, acogieron el impacto de las balas en su viscoso cuerpo. Luego, tras un revoloteo indeciso, tratando de eludir los proyectiles, el bebedor de sangre remontó definitivamente el vuelo y se alejó, tragado por la noche, la oscuridad y la niebla de Londres.

Larry, todavía sobresaltado, se volvió hacia el grupo de agentes uniformados que, provistos de pistolas, escoltaban al inspector McDermott, al final del callejón.

—Uf... —jadeó Larry—. Llegaron muy a tiempo, ¿eh, inspector?

—Eso le enseñará a no confiar demasiado en sus propias fuerzas, muchacho. Su cerebro podrá ser muy brillante, pero a veces hace falta también un buen revólver para enfrentarse a un asesino.

—Creo que ha matado a ese pobre monstruo loco, pero el vampiro..., el vampiro sólo iba herido y escapó... —Larry señaló al negro cielo de Londres —. Escapó, ¿hacia dónde, inspector?

—Si va hacia Southwark, Denham, le localizarán. Nuestros hombres están allí alerta... y le vislumbrarán en cuanto intenté meterse en algún sitio. Herido como va, buscará su madriguera, estoy seguro...

—Sí, inspector —asintió Larry—, Yo también... Voy a confortar un poco a Sue Lennox..., y en seguida iré hacia Southwark, por lo que pueda ocurrir...

CAPITULO IX

Los cordones policiales cubrían virtualmente toda la zona. Era como una red invisible, tendida entre la niebla, a la expectativa constante.

Fue el sargento Clemens, precisamente, quien saludó con respeto al inspector McDermott y le informó con brevedad:

—Hemos localizado al..., al monstruo alado, señor. Parecía un enorme pajarraco.

—Es un murciélago gigante, sargento. ¿Dónde se metió?

—En una vieja casa que parece abandonada. Tiene una especie de torreón en ruinas. Allí se metió. Es en Hanbury Lane, poco más allá del Tower Bridge.

—¿Hay algún negocio o industrial que manipule cal y yeso en la vecindad? —se interesó Larry vivamente.

—Sí, señor Denham —el sargento se volvió a él con claro gesto de admiración—. Acertó usted de lleno. Justo al lado está el patio donde trabajan unos obreros en mezclas de cal y yeso para una industria de albañilería...

—Entonces, todo encaja —suspiró Larry—. ¿Qué hacemos ahora, inspector?

—Supongo que la casa y el torreón estarán ya rodeados —ante el asentimiento del sargento Clemens, añadió—: Entonces, vamos a sacar de allí a ese loco asesino y a su horda de vampiros. Recuerde, sargento, que la orden es de disparar a matar cuando salgan los murciélagos. Y sólo si ese maníaco se entrega, deberán respetar su propia vida.

—Enterados, señor —asintió Clemens—. Todos están advertidos al respecto.

—Bien. —McDermott miró a Larry—. Entonces, vamos allá. Denham. Hay que terminar con este maldito asunto de una vez por todas.

* * *

Bela Novak se apartó lentamente de la tronera. Su rostro aparecía pálido, tenso. Sus ojos centelleaban con una helada cólera.

—Malditos todos... —jadeó—. Creen que no puedo verlos. Están ahí, acechando, agazapados. Lo imaginé en cuanto vi llegar herido a ese pobre animal... Es el fin, me temo.

Y resueltamente, se encaminó al interior del laboratorio, donde contempló tristemente a los demás murciélagos gigantes, colgando de sus barrotes. El último de ellos, yacía en el suelo, sin vida. Había logrado llegar al torreón, pero eso fue todo. Las heridas de bala terminaron con él. Poco antes había agonizado a sus pies, ante la inquietud de sus congéneres, que se agitaron, aleteando en sus puestos de reposo diurno.

—Y ahora... vamos a terminar dignamente, cuando menos —murmuró

Bela Novak, con arrogancia, acariciando los repulsivos cuerpos gigantescos —. Os di mayor tamaño, satisfice vuestra roja sed de sangre..., pero ahora debo quitaros la vida y quitármela yo mismo, junto con mi amada Zeena. Es inevitable, amigos míos queridos...

Y como si se tratara de criaturas de su propia carne y sangre, volvió a acariciar las formas peludas, de membranosas extremidades, precipitándose luego sobre un recipiente de ácido, que volcó, junto con el hornillo de gas. Estalló la probeta, y empezaron a correr las llamas por el torreón.

—Zeena, mi amor... Una vez fracasaste en tu empeño de salvar las llamas. Esta vez, será el fin definitivo, el descanso... —susurró, caminando hacia la puerta situada tras la roja cortina, que comunicaba con la estancia donde aquel monstruo horrible reposaba. Donde aquel remedo de ser humano deforme y mutilado, incapaz de ver, oír, hablar o trazar un solo signo legible, mantenía su triste vida de vegetal, su larga y terrible agonía...

Entró en la cámara. Los murciélagos aletearon, chillando al sentir el calor y la luz de las llamas. Volaron torpe, ciegamente, por todo el torreón, saliendo luego por las troneras en forma alocada.

Sonaron salvas de disparos en el exterior. Tiradores especializados de Scotland Yard, abatían a los monstruos del aire de forma irremisible... hasta que el último vampiro gigantesco cayó, emitiendo un aullido escalofriante.

Mientras tanto, el torreón ardía, las llamas asomaban por sus troneras...

—¡Pronto, vamos arriba! —Voceó el inspector McDermott—. ¡Tratemos de salvar a ese loco!

Era inútil. El inspector y Denham subieron, apoyados por policías y bomberos, pero todo fue absolutamente ineficaz.

Cuando alcanzaron el refugio secreto del asesino loco, el científico que creó un nuevo medio de muerte, todo eran pavesas. Dos cuerpos humanos calcinados, se abrazaban unidos.

Uno, aún era reconocible. Cabello canoso, aire arrogante, bata blanca... El otro, era una informe piltrafa humana que tal vez agradeció el dolor final, el postrer sufrimiento hacia el reposo eterno.

—Es horrible... —se estremeció el inspector, retirándose ante la escena—. Vamos ya, Denham. Nada tenemos que hacer aquí. Los Novak reposan juntos al fin..., unidos por su mutuo infortunio. O por su propia locura, ¡quién sabe!

—¿Usted cree? —fue la inexplicable pregunta del enigmático Larry Denham.

Pero salió del torreón sin aclarar en absoluto sus misteriosas palabras a su superior. Sólo más tarde, cuando el demudado Vincent Twilling entregó la confesión a McDermott, éste pudo entender el interrogante escéptico de su joven y desconcertante subordinado.

—Tome, inspector —dijo el millonario, casi con un sollozo—. Ella quiso que usted leyera esto, pero no antes de poner fin a su vida. Dijo, además... que creía que el señor Denham había adivinado...

—Sí —afirmó lentamente Larry—. Yo adiviné, señor Twilling. Su

esposa... no era Lorna Saint John,.., sino la auténtica Zeena Novak, la esposa del asesino loco...

* * *

—La auténtica Zeena Novak... ¡Pero si creí que ella había muerto en el torreón, Denham!

—No, inspector. La que murió allí, era lo que quedaba de Lorna Saint John. Zeena, realmente, salvó su vida de las llamas. Podía ponerse en trance y salir por el fuego sin quemarse, después de todo. Su terrible venganza sobre Lorna Saint John fue demencial. Entre las llamas, debió arrastrarla a su dormitorio, la vistió con sus ropas... y la dejó arder, pensando que moriría y pagaría así su imprudencia morbosa.

—Pero Lorna sobrevivió...

—Sobrevivió hecha una masa informe, sí. Ni siquiera su marido podía reconocerla. Sólo por el vestido, por algún anillo que Zeena puso a la incendiaria... Así se vengó de ella y se libró de su esposo, a quien temía. Recuerde, profesor, que Lorna desapareció durante dos años, y nadie volvió a verla. Se parecía en lo físico a Zeena. De modo que fue ésta la que volvió. Era una gran actriz, recuerde que todos lo decían. Se arregló, se adaptó a su nueva identidad. Y fingió ser Lorna Saint John. Su capacidad de ficción resolvió todo problema, unido a un buen maquillaje y unas alteraciones faciales adecuadas. Ahora, cuando comprendió que su esposo estaba intentando vengarla a ella, tuvo miedo. Y se suicidó, dejando escrita esa confesión. Terriblemente sencillo, inspector. Un atroz drama en el fondo... Ahora, permita que le deje con sus asuntos. Sue me espera. Nos hemos hecho muy amigos..., y creo que vamos a serlo más aún, no tardando mucho. Pero no tema, inspector. Seguiré siendo policía en Scotland Yard Me fascina mi profesión, palabra...

EPILOGO

—Ya ha terminado todo, Sue.

—Sí, Larry. ¿Cómo pudiste averiguarlo todo tan fácilmente?

—Los pequeños indicios, querida... Es algo que nunca falla.

Y Larry Denham sonrió, inclinándose a besar los labios de la muchacha. Ella no se retiró en absoluto.

El inspector McDermott sonrió, alejándose del lugar con un encogimiento de hombros.

—En fin... —murmuró—. Uno gana un buen policía... y resulta que ese policía se casa. No sé si eso le echará a perder...

Y cerró la puerta, dejando solos a los dos jóvenes.

FIN